

EL FARO DEL FIN DEL MUNDO. LA CRISIS ARGENTINA DE 2001 O CÓMO NAVEGAR ENTRE EL RIESGO Y LA SEGURIDAD*

WALDO ANSALDI**

A mi hijo Marco, nacido cuando la crisis se incubaba, con la esperanza de que ésta sea, en su futuro, sólo un recuerdo de sus padres.

Tres metáforas:

1. Metáfora del descenso de los barcos

Según la conocida expresión de Carlos Fuentes, los argentinos descienden de los barcos, a diferencia de peruanos y mexicanos, que lo hacen de incas y aztecas, respectivamente. Empero, un siglo después, los descendientes de los europeos que llegaron al Río de la Plata en sucesivas oleadas han dado la espalda al mar –al cual sólo ven, a lo sumo, en vacaciones–, han perdido la brújula, el sextante, el cuaderno de bitácora y el propio arte de navegar.

2. Metáfora del *Titanic* Argentina

En abril de 1912, realizando su primer viaje y tras cinco días de navegación, el trasatlántico *Titanic* -presentado como una maravilla de la época y con la pretensión, verdadera garantía, de hundimiento imposible- se fue al fondo del Atlántico en apenas tres horas, tras el choque con un *iceberg*. Como dijo una publicación de la época, la nave se inclinó lentamente hasta quedar recta y luego se fue a pique. El lujoso barco llevaba a bordo 2.224 personas, pero botes salvavidas -considerados innecesarios- para sólo la mitad de ellas. Por añadidura, la evacuación fue tan desorganizada que muchos botes se lanzaron al mar antes de completar su capacidad. Por cierto, el navío llevaba pasajeros riquísimos e inmigrantes pobres, y aunque

* Texto preparado para participar, en calidad de profesor visitante, en “La crisis que no acaba: Argentina des de la història i des de l’economia”, curso ofrecido en la XX Edició de la Universitat d’Estiu de Gandia (un proyecto cultural organizado conjuntamente por la Universitat de València Estudi General (UVEG) y el Ajuntament de Gandia), realizado en esa ciudad española entre el 14 y el 18 de julio de 2003 y dirigido por el Dr. Joan del Alcàzar, a quien agradezco su muy cordial invitación. Retomo aquí, y amplío, argumentos expuestos en Ansaldo (2002; 2003a y 2003b). Se trata de resultados parciales alcanzados en el proyecto de investigación S 004, *Nación, ciudadanía y derechos humanos en los países del Mercosur*, el cual se realiza mediante un subsidio de la Programación 2001-2003 de la Secretaría de Ciencia y Técnica de la Universidad de Buenos Aires.

** Investigador del CONICET con sede en el Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. Profesor titular de Historia Social Latinoamericana en la misma casa. Investigador del Centro de Investigaciones Socio-Históricas, Universidad Nacional de La Plata.

hubo muertos entre los primeros, fue entre los segundos donde se contó la mayor cantidad de ellos, en un final con la orquesta del salón de primera clase tocando sus melodías.

En los años noventa, el menemismo le vendió a la sociedad argentina su *Titanic*, ahora bajo la forma de un pasaje al Primer Mundo, a las nuevas maravillas de fin de un milenio y comienzos de otro. La apertura de la economía -una apertura a las importaciones, en rigor-, la desregulación y las privatizaciones de las empresas públicas y la ley de convertibilidad fueron presentadas como la garantía de no hundimiento. Como en el *Titanic*, en el naufragio argentino tampoco hay salvavidas para todos, pero en él, a diferencia de aquél, las mujeres y los niños no tienen la prioridad en las tareas de salvamento, ni el responsable de la nave se va a pique con ella.

3. Metáfora del Faro del Fin del Mundo

En 1884 se erigió, en la Isla de los Estados, un territorio inhóspito barrido por el viento y las lluvias, separado de Tierra del Fuego por un estrecho agitado y borrascoso, el Faro de San Juan de Salvamento, más conocido como "Faro del Fin del Mundo" gracias a la célebre novela de Julio Verne (*Le Phare du Boute du Monde*, 1905). El faro era la única luz que tenían los navegantes en el mar austral y fue guía de infinitos barcos que iban hacia el océano Pacífico. Empero, no era inusual que las embarcaciones zozobran por la combinación de olas inmensas y rocas traicioneras. En tales ocasiones, los torreros y los marineros de la subprefectura naval salían de inmediato en su rescate. El faro dejó de funcionar en 1902, siendo reemplazado por otro construido en la cercana Isla Observatorio, y estuvo abandonado hasta fines del siglo XX, cuando fue reconstruido, entre 1997 y 1998, en buena medida merced a la iniciativa de ocho marineros franceses.

Antes de la crisis: cambios en la estructura social

La sociedad argentina se ha modificado sustancialmente a lo largo de las dos últimas décadas del siglo XX, especialmente durante la de 1990. Aun cuando hay mucho por investigar, estudios parciales permiten aprehender parte de la magnitud alcanzada por el complejo proceso, por lo general asociado con la idea de desmantelamiento del Estado de Compromiso Social, la versión latinoamericana y "a la latinoamericana" del *Welfare State* europeo surgido del "consenso keynesiano" y/o de las estrategias socialdemócratas.

Cuadro 1: DISTRIBUCIÓN DE LA POBLACIÓN ECONÓMICAMENTE ACTIVA URBANA, SEGÚN CLASES Y ESTRATOS SOCIALES EN 1980 Y EN 1995 (en porcentajes)		
Clases y estratos sociales	1980	1995
Clase alta (gran burguesía)	1	1
Clase media	46	40
Autónoma	12	10
Asalariada	34	26
Desocupada	0	4
Clase obrera estable	39	34
Autónoma	7	4
Asalariada	31	24
Desocupada	1	6
Estrato marginal	14	25
Ocupado	12	18
Desocupado	2	7
Total PEA	100	100
Fuente: Jorge Halperín, "La decadencia de la clase media", <i>Clarín</i> , 18 de agosto de 1996, Segunda sección, p. 5.		

El cuadro 1 contribuye a dar una imagen parcial de las transformaciones operadas en la estructura social argentina en el tiempo indicado. Pero está claro que la alteración producida en la distribución cuantitativa de las clases y en la propia composición de cada una de ellas va mucho más allá de los porcentajes indicados en el cuadro. Hay todo un universo por develar, dentro del cual se incluyen las dimensiones materiales, culturales, simbólicas, políticas. Pero también los cambios operados en el propio Estado -que es un cambio en su *forma*, no en su matriz de clase- y en las relaciones entre él y la sociedad. El nuevo Estado se batió en retirada precisamente en aquellas áreas donde su precedente -bajo la denominación genérica de "Estado nacional-popular", conceptualmente *Estado de Compromiso*, definición mucho más

precisa y ajustada, en nuestro caso, que el de Bienestar Social, a menudo invocado demasiado rápidamente- había obtenido algunos logros nada desdeñables: en el de la integración social de vastas masas excluidas de la ciudadanía social y -en el caso latinoamericano, mas no en el argentino- de la ciudadanía política.¹

La generalización de la pobreza a crecientes sectores de la sociedad se produce tanto horizontalmente -en extensión-, cuanto verticalmente -en profundidad o intensidad. No sólo hay más pobres que en el pasado inmediato, sino que quienes son pobres son cada vez más pobres. Pero también -muy significativamente- la generalización de la pobreza se extiende en una dimensión socialmente heterogénea, incluyendo ahora en su universo a los denominados “nuevos pobres” provenientes de la clase media.

La clase media ya no es lo que era antes

En efecto, todos los indicadores dan cuenta de la notable caída de la clase media, más allá de las dificultades que suele presentar su definición teórica y su identificación empírica. Es bien sabido que, en el imaginario social local, la argentina ha sido una sociedad tradicionalmente considerada como de fuerte presencia de clase media, particularmente por el peso cuantitativo creciente -desde 1895- de profesionales liberales, empleados y trabajadores “de cuello duro” y por las notables facilidades de movilidad social ascendente brindadas por un amplio sistema de acceso a la educación. La socióloga María del Carmen Feijoo señalaba, años atrás, que la representación simbólica de la clase media del imaginario nacional era la “familia de Mafalda”, la gran creación de Joaquín Lavado (Quino): “familia tipo, con un proveedor masculino del único ingreso familiar ocupado en el sector servicios, madre ama de casa, vivienda en departamento y una carrera continua y exitosa dirigida a la provisión del confort familiar [auto, vacaciones, libros, televisión], basada en el endeudamiento a crédito previsible y afrontable”. Durante los años 1960 y 1970, añade la autora, se consolidó el *estilo de vida* típico de una familia de clase media.²

¹ Con todo, en Argentina la ciudadanía política se hace efectivamente universal -al concedérsele a las mujeres el derecho de sufragio- en 1947, bajo el peronismo, que es un Estado de Compromiso o, si se prefiere, nacional-popular.

² María del Carmen Feijoo, “Todavía resiste”, en el “Debate ¿Desaparece la clase media?”, diario *Clarín*, Buenos Aires, 19 de agosto de 1996, p. 12. La segunda intervención es de Susana Torrado, “Ahora la amenaza la pobreza”, en p. 13.

La visión estereotipada del imaginario social parece confirmada por algunos trabajos científico sociales, como el clásico de Gino Germani o el muy posterior de Susana Torrado.³ No obstante su peso histórico, esa imagen ha sido fuertemente debilitada por los cambios de las últimas décadas. En un artículo periodístico, Torrado -quien mejor ha estudiado las transformaciones de la estructura social argentina en la segunda mitad del siglo XX- ha señalado que entre 1980 y 1995, la clase media disminuyó, porcentualmente, seis puntos: en 1980, conforme los datos censales, “la clase media representaba el cuarenta y seis por ciento de la fuerza de trabajo, no padecía desocupación significativa y la composición interna de los internos se distribuía aproximadamente entre un cuarto de autónomos y tres cuartos de asalariados”. En 1995, en cambio, los datos disponibles indicaban un descenso al 40 %, con una desocupación interior del 10 por ciento y una variación en “la relación entre autónomos y asalariados en detrimento de estos últimos”. En el mismo período, la clase obrera cayó del 39 al 34 por ciento y la marginalidad se incrementó del 14 al 25 % de la población del país.

En opinión de Torrado, la clase media se ha pauperizado en términos absolutos -en tanto sus sectores más modestos han caído por debajo de la línea de pobreza- y relativos -toda vez que quienes están por encima de ésta experimentan una drástica pérdida del nivel de vida. Consecuentemente, los veinte años que median entre el “rodrigazo”⁴ y el ajuste cavallo-menemista están lejos de ser nada y sí son más que algo. Ellos marcan una disminución del peso relativo de la clase en la estructura social argentina. En ese lapso, anota Susana Torrado, la clase media: 1) conoce la desocupación; 2) sufre “un sensible deterioro de sus empleos debido a la devaluación de las credenciales educativas”, en tanto se ocupan “posiciones de menor jerarquía” poseyendo “títulos del mismo nivel”; 3) vive la extensión de la precariedad; 4) pierde ingresos y niveles de bienestar; 5) se ha tornado “vulnerable a la pobreza”; 6) ha perdido -por el bloqueo de la permeabilidad social- “uno de sus privilegios más preciados: el poder de transitar la vida en términos de *proyecto*; 7) en el registro simbólico ve desdibujar sus límites y

³ Gino Germani, *Estructura social de la Argentina. Análisis estadístico*, 1ª ed., Editorial Raigal, Buenos Aires, 1955; reedición facsimilar, Ediciones Solar, Buenos Aires, 1987, y Susana Torrado, *Estructura social de la Argentina 1945-1983*, Ediciones de la Flor, Buenos Aires, 1992.

⁴ Así se denomina al “paquete” de medidas económicas tomadas por el ministro Celestino Rodrigo y la presidenta Isabel Martínez de Perón, a mediados de 1975. Bien puede ser considerado el final del modelo de industrialización de sustitución de importaciones y la política redistributiva favorable a los trabajadores y a la clase media que había caracterizado la versión argentina del Estado de Compromiso Social o Estado Protector.

deteriorar su “prestigio” de clase.⁵ Sin embargo, como acota Feijoó, los integrantes de la clase media aún “tienen un nivel educativo más alto que los de abajo” -que procuran mantener en sus hijos- y disponen de “estrategias alternativas de adaptación a la crisis”, a lo que suman “un capital cultural distinto, proyecto de vida, trayectorias y circuitos que constituyen hoy el capital que les queda: su *capital humano*”.

En fin, en las interpretaciones de ambas sociólogas hay un matiz diferenciador: mientras Feijoó cree que la clase media todavía tiene un “proyecto de vida”, Torrado interpreta -y coincide con ella- que a éste lo ha perdido.

Empero, si el impacto experimentado por la clase media es negativo, él es aún mayor entre los “de abajo”. La distancia entre una y otros “es todavía abismal”, dice María del Carmen Feijoó. Si las desgracias de la clase media “son percibidas como incomprensibles ataques del gobierno”, argumenta Susana Torrado, es sólo por perder de vista que, aun con su deterioro, ella “todavía tiene algo que perder. A los de abajo [en cambio] ya no puede sacárseles nada sin poner en peligro su reproducción poblacional”.

El nuevo orden económico, político y cultural argentino es, como todos los inspirados en los mismos principios, generador de nuevas y mayores desigualdades, las cuales son reforzadas por el *cierre social*, es decir, el proceso mediante el cual determinados grupos sociales se apropian de y reservan para sí mismos -o bien para otros, generalmente allegados a ellos- ciertas posiciones sociales. El cierre social se aprecia tanto en niveles microsociológicos - atribuir una posición a una persona dada, y no a otras, por razones de discriminación, por ejemplo- cuanto en el nivel macrosociológico -el que más nos interesa aquí y ahora-, en el cual se produce una distribución discriminatoria de un conjunto de indicadores -ingresos, autoridad, poder, propiedad, empleo y privilegio- en favor de grupos específicos de individuos en detrimento o con exclusión de otros.

⁵ Susana Torrado, “Ahora la amenaza la pobreza”, *loc. cit.*

El incremento de la infraclase

Si las caídas cuantitativas de las clases media y obrera son notables, el brutal incremento de la marginalidad es impresionante. Unas y otro inciden fuertemente en el nuevo mapa social argentino. Esa considerable proporción de hombres, mujeres y niños marginales constituye un drama humano, un testimonio de la incapacidad del actual gobierno para solucionarlo y -aunque sea poco elegante decirlo- también un problema teórico, en este caso, para las ciencias sociales, en primer lugar para nominarlos. De allí la aparición de expresiones tales como sector informal urbano (SIU), nuevos pobres (*nupos*) u otras, que son, a lo sumo, categorías descriptivas, mas no analíticas.

A propósito de ello, la socióloga británica Rosemary Crompton se inclina -como otros autores- por el “término muy problemático” de *infraclase*, que tiene -por lo demás- una larga historia, durante la cual no siempre se ha apelado a esta palabra, aun cuando la idea fuese la misma, como en el caso de la muy conocida lumpenproletariado, de cuño marxiano. En términos muy generales, puede decirse que infraclase “describe a los que se encuentran en una pobreza persistente y que, por cualquier razón, no son capaces de [yo prefiero decir: no pueden] ganarse la vida dentro de los procesos dominantes de producción, distribución e intercambio”. Vale decir, la infraclase se define por su *falta* de relación estructural directa con estos procesos. Quizás por ello “ha habido una tendencia constante a conceptualizarla a partir de sus supuestas características, antes que de su relación con otras clases, y estas características han solido ser negativas” (Crompton, 1994:197-198).

Pero debe quedar claro que la infraclase no es generada por los actuales cambios dentro del capitalismo. Como bien dice Crompton, ella ha existido y existirá siempre en el capitalismo competitivo. Es esa dimensión temporal la que ha servido al pensamiento de derecha para sostener -hoy y en el pasado- que la responsabilidad de la pobreza es exclusiva de los propios pobres.⁶ Lo que sí es, si no nuevo al menos decisivo es el crecimiento del número de hombres y mujeres de la infraclase, el tamaño de ésta. Diferentes investigaciones sociológicas en Europa occidental y en Estados Unidos han permitido trazar los nuevos mapas de clases, en los cuales la infraclase aparece identificada “por una serie de factores relacionados entre sí”, que Crompton resume en cuatro: 1) aumento de la desocupación de larga duración; 2) incremento del número de hogares con familias monoparentales, en las

⁶ El presidente Menem expresaba muy bien esa posición cuando decía, dirigiéndose a los más humildes: “Entre ustedes, pobres habrá siempre”.

cuales el progenitor suele ser la madre; 4) “la concentración espacial de los miembros más pobres de la sociedad en áreas urbanas degradadas y en viviendas miserables proporcionadas por autoridades locales”; 4) “la dependencia económica de estos grupos de la provisión pública del “Estado de bienestar”. El debilitamiento, cuando no la desaparición de éste y de las formas emparentadas -como nuestro Estado de compromiso-, agrava la condición de vida de los hombres, mujeres y niños de la infraclase. En el caso de Estados Unidos, “estos rasgos se asocian sistemáticamente con la etnicidad”. Ello se aprecia también, en buena medida, en el caso argentino, particularmente con los inmigrantes latinoamericanos mestizos. En el plano del lenguaje, es común la referencia -siempre despectiva- a *chilotes*, *paraguas*, *bolitas*, *perucas*, para aludir, respectivamente, a chilenos, paraguayos, bolivianos, peruanos. Los uruguayos suelen salir mejor parados -quizás por ser étnicamente más parecidos a los propios argentinos, al menos a los de la “europeizada” conglomeración de la Capital Federal y el Gran Buenos Aires. En cuanto a los brasileños, no son pocos quienes prefieren seguir pensando en ellos según una decimonónica expresión: *macacos*.

Náufragos en los mares del sur

El 24 de octubre de 1999, la ciudadanía argentina -harta de menemismo- votó mayoritariamente (48,5 % contra 38 % del candidato justicialista, Eduardo Duhalde) por la Alianza y su programa en favor de la ética. Dos años después, toda la esperanza puesta en el nuevo gobierno no sólo se había esfumado, sino que había exacerbado hasta el límite la tolerancia popular. Los resultados electorales del 14 de octubre de 2001 -una verdadera catástrofe para la Alianza- fueron, en ese sentido, muy elocuentes.

Como antes Menem, De la Rúa aplicó el modelo neoliberal, siguiendo las preceptivas del denominado Consenso de Washington. Los efectos de las políticas prescriptas por el mismo se hicieron y hacen sentir fuertemente sobre la sociedad argentina, la que está atravesando una etapa de cambios estructurales sustanciales cuya manifestación más visible es la redefinición de las clases sociales y su participación en la distribución de la riqueza. Los indicadores son ya abrumadores. Lo son aún más si se los observa en la perspectiva de la media duración. Si, por ejemplo, se analiza la situación en el Gran Buenos Aires, la participación en la distribución del ingreso de los sectores más pobres (10 %) y más ricos (10 %) ha experimentado un descomunal incremento de la desigualdad entre ambos extremos. Así, en 1974 -un año clave para la comparación, pues se trata del año previo al “rodrigazo-, el 10 % más rico de la población se apropió del 28,2 % de la riqueza, en contraposición con el 2,4 % que percibió el 10

por ciento más pobre. En 2001, en cambio, esos porcentajes se habían convertido en 37,3 y 1,3 por ciento, respectivamente. De modo tal que la brecha pasó de 12,3 a 28,7 a lo largo del último cuarto del siglo XX. Tal brutal diferencia es hoy aún mayor que en el difícil año 1989, el de la primera hiperinflación, cuando el 10 por ciento más rico se apropió del 41,6 % de la riqueza, contra 1.8 por parte del decil más pobre (brecha de 23,1 veces). Se ha producido, pues, un claro incremento de la riqueza de los más ricos y de la pobreza de los más pobres, tal como muestra el cuadro 2. La movilidad social se hizo fuertemente descendente.

Cuadro 2 en página siguiente.

Cuadro 2: PARTICIPACIÓN Y BRECHA DE INGRESOS EN LOS DECILES EXTREMOS DEL GRAN BUENOS AIRES, 1974-2000				
Año	Deciles de ingreso		Brecha	Gobierno
	Primer decil	Décimo decil	10 % más rico vs 10 % más pobre	
1974	2,3	28,2	12,3	Perón
1980	2,6	33,0	12,7	Dictadura
1981	2,5	35,0	14,0	
1982	2,4	33,7	14,0	
1984	2,3	34,6	15,0	
1985	2,6	33,3	12,8	Alfonsín
1986	2,5	34,6	12,8	
1987	2,0	26,1	18,1	
1988	2,0	36,0	18,0	
1989	2,3	41,5	23,1	
1990	2,3	35,3	15,3	Menem 1
1991	2,4	36,4	15,2	
1992	2,4	34,5	14,4	
1993	1,9	34,8	18,3	
1994	1,9	34,8	18,3	
1995	1,7	37,3	21,9	
1996	1,6	36,3	22,7	Menem 2
1997	1,6	35,3	22,1	
1998	1,5	36,9	24,6	
1999	1,5	36,1	24,1	
2000	1,4	36,6	26,1	De la Rúa
2001	1,3	37,3	28,7	

Fuente: Equis. Equipos de Investigación Social, *Distribución del ingreso y caída de la clase media en el último año*, Buenos Aires, febrero de 2001, para los años 1974-2000; diario *Clarín*, Buenos Aires, 31 de marzo de 2002, p. 10, para octubre de 2002.

Cuando la dictadura cayó, en 1983, los pobres eran más o menos tan pobres como al comienzo de ella, pero el decil más rico, en cambio, había incrementado su apropiación de riqueza. A su vez, los gobiernos democráticos de Raúl Alfonsín, Carlos Menem y Fernando De

la Rúa concluyeron sus respectivos mandatos con el triste balance de dejar mayor desigualdad que la existente al hacerse cargo de los mismos, aunque el primer gobierno de Menem finalizó con una ligera disminución de la misma respecto de 1989, el año de la primera hiperinflación.

En una sociedad en cuyo imaginario estaba fuertemente admitida la inexistencia de notables desigualdades y en la cual la movilidad social sólo era concebible -especialmente mediante la adquisición de educación y saberes- como ascendente, la brutal irrupción de fenómenos inversos ha producido, entre otras manifestaciones, una notoria alteración de la identidad.

A la hora del naufragio, Argentina ya no cuenta con empresas estatales; ha disminuido el número de empresas de capital nacional; el parque industrial fue desmantelado; el ahorro fue confiscado; la deuda externa se tornó impagable; el desempleo alcanzó el pico histórico más alto; el número de hombres, mujeres y niños que revuelven la basura en las calles de las grandes ciudades buscando papeles, cartones y latas para vender y comida para alimentarse se han tornado un dato de la vida cotidiana; los partidos políticos ya no son percibidos como canales de representación legítimos; el delito se multiplica; la corrupción se expandió aún más; la sociedad llegó a una situación de anomia, si no de descomposición...

Los indicadores oficiales dan cuenta de la peor distribución de los ingresos desde que la misma es objeto de medición en el país, pero no es aventurado sostener que se han alcanzado niveles jamás conocidos antes. Expresión de esa desigualdad son los más de catorce y medio millones de pobres -y dentro de ellos los *nupos*, expresión, ya se ha dicho, de la debacle de la clase media-, la aparición y difusión del llamado “robo famélico” en los campos bonaerenses,⁷ las peleas entre pobres ocupados y hambrientos sin trabajo,⁸ el incremento fenomenal de la

⁷ “En el campo, los pobres recurren más al ‘robo famélico’ para comer”, en *Clarín*, Buenos Aires, 24 de febrero de 2002, p. 20. El “robo famélico” es, en realidad, un hurto, pues no apela a la violencia. Se produce en zonas rurales próximas al conurbano bonaerense y en poblaciones del interior de la provincia de Buenos Aires. Se hace para buscar alimento -choclos, vacunos, aves de corral, caballos- para consumo propio (individual y familiar) o bienes pequeños de fácil reventa. A diferencia del secular “robo hormiga”, de nula o escasa incidencia económica, el famélico produce efectos económicos considerables en los propietarios afectados, también ellos insertos en un contexto de crisis.

⁸ Como la ocurrida en el Mercado Central, en el Gran Buenos Aires, el 14 de enero de 2002. Véase “Otra cara de la pobreza: dura pelea entre changarines y desocupados”, en *Clarín*, Buenos Aires, 15 de enero de 2002, p. 14. El diario la sintetiza en estos términos: “Unos 500 indigentes fueron a pedir comida al Mercado Central y cortaron la entrada. Los changarines vieron peligrar los 10 pesos de su jornal y los corrieron a palazos. Hay acusaciones de manejos políticos”.

deserción escolar (de una intensidad tal que, en la provincia de Buenos Aires, obligó a los maestros a buscar a los alumnos en sus casas, para que vuelvan al colegio, al que no pueden ir porque sus padres no tienen dinero para comprarles el calzado y/o los útiles).

Es necesario llamar la atención sobre la situación de jóvenes y adolescentes, no sólo por lo grave de la situación actual de la mayoría de ellos, sino mirando la sociedad argentina en perspectiva. Según datos oficiales, en octubre de 2001 había en todo el país 12.692.200 menores de 18 años, es decir, niños y adolescentes. Constituían un tercio de la población total. De ellos, 7.082.200 (55.8 %) vivían en hogares pobres. Entre 1997 y 2001, el número de menores pobres se incrementó dos millones, con un aumento porcentual de casi doce puntos (en 1997 eran 44 %). La mayor incidencia de la pobreza se observa en la banda etaria de 6 a 12 años (58 %), es decir, en la de escolaridad primaria. En tanto, el desempleo se ha acentuado en los jóvenes de 15 a 18 años, el 38,5 % de los cuales carecía, en octubre de 2001, de trabajo (contra 30 % en octubre de 2000).⁹ Niños, adolescentes y jóvenes sin educación, sin trabajo, paupérrimos, con serios deterioros físicos y mentales y una expectativa de vida cuantitativa y cualitativamente disminuida. Con datos como éstos, no cuesta imaginar mucho cómo será la sociedad argentina dentro de quince-veinte años.

Los indicadores posteriores muestran un agravamiento de la situación social. Así surge del tradicional relevamiento realizado por el Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC) en el mes de mayo -el otro es en octubre- de cada año. Ya bajo el gobierno del presidente Eduardo Duhalde, los pobres eran, en mayo de 2002, 18.500.000 (53 por ciento de la población argentina), de los cuales casi nueve millones en condición de indigencia. En la provincia de Formosa, el porcentaje de pobres llegaba a 78,3, mientras en las ciudades de Concordia (Entre Ríos) y Posadas (Misiones) era de 71,7 y 69,1, respectivamente. A su vez, la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, la Capital Federal del país, registraba 19,3 % de sus habitantes en condición de pobreza, pero en un espacio geográfico próximo -Florencio Varela, Moreno, Merlo, Tigre, La Matanza, en el Gran Buenos Aires- el índice ascendía a 69,9 por ciento.¹⁰

⁹ Véase "Hay 7 millones de adolescentes y chicos que viven en la pobreza", en *Clarín.net*, edición electrónica, miércoles 17 de abril de 2002, Sección Economía (www.clarin.com.ar). Puede verse también en la edición en soporte papel del mismo día.

¹⁰ "El 53 % de los argentinos está por debajo de la línea de pobreza", en *Clarín*, 22 de agosto de 2002, p. 4; "Hiperpobreza con hiperindigencia agregada", en *Página 12*, Buenos Aires, 22 de agosto de 2002, pp. 2-3.

Todas estas cifras y otras que se verán más adelante –que incluso pueden ser más graves- resultan escandalosas en un país que es uno de los más grandes exportadores de productos agrícolas del mundo.

Desigualdad social con sus puntos de distancia más alejados; altas tasas de desempleo; subempleo y empleo “en negro”; deterioro del nivel de vida de la mayoría de la población; incremento de la delincuencia y la inseguridad; violencia policial indiscriminada; amputación del futuro de millones de niños y adolescentes (por deterioro de la salud, incluso en términos irrecuperables, de la educación, de la dignidad); pérdida de soberanía económica; política exterior atada acriticamente a la norteamericana; irrepresentatividad de las instituciones representativas (partidos políticos, sindicatos, asociaciones empresariales) y de las del propio Estado, en particular los Poderes Legislativo y Judicial)... He ahí algunos componentes de cualesquier balance que quiera hacerse de poco más de una década de aplicación del modelo neoliberal.

Una cuestión clave es que la crisis social se ha soldado con la crisis económica (cuya manifestación más visible es la recesión iniciada en 1998) y la crisis política. La economía argentina, conviene tener en cuenta, tuvo su último momento de crecimiento en el tercer trimestre de 1998, pero ya desde 1995 se observaban indicadores preocupantes, tales como contracción de la demanda, fuerte reducción de las inversiones y rápido incremento del endeudamiento. A partir del último trimestre de 1998, la economía comenzó a decrecer, *pari passu* las crisis del sudeste asiático y rusa, siendo ya notable en enero de 1999, tras la devaluación del real en Brasil. A lo largo de 2001 fue especialmente perceptible la importante fuga de depósitos del sistema financiero, acompañada de una simultánea caída de las reservas del Banco Central. La situación se hizo más grave en el segundo semestre de ese año, cuando se produjeron una muy fuerte contracción del crédito y abruptos descensos en el consumo, la inversión y la actividad económica en general. Al mismo tiempo, el llamado *riesgo país* llegó a 4.000 puntos. En pocas palabras, un escenario dominado por la marcada desconfianza respecto de la continuidad de la política cambiaria (esto es, la ley de convertibilidad), la capacidad del sistema bancario frente a la formidable corrida de fondos y la del gobierno para contener el déficit fiscal sin financiamiento externo ni interno.

En los últimos cinco años, la economía argentina se redujo 20 %, siendo “el trimestre enero-marzo de 2002 el peor de la historia económica reciente del país con una caída del 16,3

por ciento del PBI". Se trata de los meses en los cuales se declaró el *default* de la deuda pública, se devaluó el peso (fin de la convertibilidad) se pesificaron las deudas bancarias y se confiscaron los depósitos en dólares (el llamado *corralón*). El primer indicador de cierta recuperación se produjo durante el primer trimestre de 2003, período durante el cual la economía experimentó una suba del 5,4 % respecto del mismo período de 2002, tendencia que parecía mantenerse en el trimestre siguiente (datos oficiales todavía no dados a conocer). No obstante, conviene ser cautos: la industria trabaja al 70 % de su capacidad potencial, la desocupación sigue siendo elevada, la inversión cayó 60 % y no hay reposición de lo amortizado. El superávit comercial registrado al cabo de 2002 -16.300 millones de dólares, una cifra récord- quedó anulado por una fuga de capitales de igual magnitud.¹¹

Históricamente, una soldadura de tres crisis ha constituido siempre -y sigue constituyendo- una situación con un nivel potencial de disrupción muy alto. Pero, como se sabe, condiciones de posibilidad no conllevan necesariamente condiciones de realización. Las crisis son momentos o estados transitorios, son parte de un proceso, esto es, de un desarrollo (o de una evolución, si se prefiere una expresión clásica). Por tanto, tienen un desenlace, si bien no hay un patrón de duración previsible.

En una situación de crisis se expresan contradicciones y rupturas, tensiones y desacuerdos, de una intensidad tal que los actores -individuales y colectivos- vacilan respecto de las decisiones a tomar, el camino a seguir y las acciones a realizar, al tiempo que las normas, las reglas y las instituciones hasta entonces existentes dejan de ser observadas y reconocidas, en mayor o menor medida, llegando, en el límite, a ser concebidas como un obstáculo para el desarrollo de la sociedad, al tiempo que las nuevas propuestas no terminan de ser elaboradas o, estándolo, asumidas como eficaces y/o pertinentes. Así, las grandes crisis definen momentos históricos en los cuales, como decía Antonio Gramsci, lo viejo no termina de morir y lo nuevo no termina de nacer. Y estas ambigüedad e irresolución ponen de relieve a ese componente fundamental de toda crisis que es el tiempo. En tiempos de crisis, en efecto, quienes las viven experimentan sensaciones confusas derivadas de una comparación entre el presente, el pasado y el futuro, comparación en la cual el presente es percibido como miseria e incluso como drama o tragedia -frente a un pasado con certezas que se ha perdido y que

¹¹ Según "La economía creció por primera vez en más de cuatro años", en *Clarín*, Buenos Aires, 20 de junio de 2003, p. 18, y "Una pesada herencia económica y social para el próximo presidente", en *Clarín*, 27 de abril de 2003.

muchos rememoran como mejor de lo que fue o prescindiendo de las razones que provocaron la crisis y, por ende, el presente-, al tiempo que el futuro aparece como angustia, incertidumbre.

Las crisis son fenómenos históricos usuales, mas la conjunción o soldadura de crisis económica, social y política no lo es tanto. Menos frecuentes aún son las crisis de mayor intensidad, las que Gramsci llamó *crisis orgánicas* y definió en estos términos: “En cierto momento de su vida histórica, los grupos sociales se separan de sus partidos tradicionales, esto es, los partidos tradicionales con una forma organizativa dada, con los determinados hombres que los constituyen, los representan y los dirigen ya no son reconocidos como expresión propia de su clase o fracción de clase. Cuando estas crisis se verifican, la situación inmediata deviene delicada y peligrosa, porque el campo queda abierto a las soluciones de fuerza, a la actividad de potencias oscuras representadas por hombres providenciales o carismáticos” (Gramsci, 1975, vol. 3: 1602-1603). La característica esencial de las crisis orgánicas es la de ser *crisis de hegemonía*. Es una crisis de autoridad de la clase dirigente, que deviene sólo dominante, y de su ideología, de la cual las clases subalternas se escinden. En una situación tal, argumenta Gramsci, los partidos políticos tradicionales se han tornado “anacrónicos” y se encuentran separados de las masas, suspendidos en el vacío. Hay, pues, una ruptura entre representantes y representados.¹²

Ahora bien, en una crisis orgánica, la capacidad de reacomodo de la clase dirigente o dominante es mayor y más rápida que la de las clases subalternas. Ello le permite -incluso realizando sacrificios y/o formulando propuestas demagógicas- mantener el poder, reforzarlo y emplearlo “para destruir al adversario”. La crisis orgánica también puede resolverse, si bien menos frecuentemente, por la iniciativa política directa de las clases subalternas. En este caso, la multiplicidad de fuerzas y partidos políticos de tales clases confluye en una única organización política, la cual es quien mejor representa y resume las necesidades de toda la clase. Si se produce esta segunda salida, la solución es “orgánica”. Pero igualmente puede ocurrir que no se genere una solución orgánica sino una tercera, la del jefe carismático. Tal

¹² Al respecto, empero, me parece necesario destacar que, hoy, los partidos políticos argentinos son instituciones carentes de capacidad de representación, tanto como representativos. Carecen de representación, en tanto los representados no les reconocen tal condición -esto es, estrictamente, separación o ruptura entre representantes y representados-, como es público y notorio. Pero también son representativos, en el sentido de dar cuenta de la fractura de la sociedad argentina, de la prevalencia de los intereses, las concepciones y las prácticas corporativas y corruptas. Por lo demás, un análisis cuidadoso del comportamiento electoral de las elecciones de octubre de 2001, las últimas realizadas, muestra que los votos protesta tuvieron una distribución territorial irregular, indicadora, en muchos casos, de la capacidad de los aparatos para movilizar y controlar una importante clientela política, sin desdeñar el peso -a menudo bien significativo- todavía conservado por las viejas identidades partidarias (radicalismo, peronismo, partidos provinciales).

salida “significa que existe un equilibrio estático (cuyos factores pueden ser eliminados, si bien prevalece la inmadurez de las fuerzas progresistas), que ningún grupo, ni el conservador ni el progresista, tiene la fuerza necesaria para la victoria, y que incluso el grupo conservador tiene necesidad de un jefe” (Gramsci, 1975, vol. 3: 1604).

La actual crisis argentina tiene los componentes de una crisis orgánica y, por cierto, lo es. Pero, en rigor, no es más que otra de las exacerbaciones producidas dentro de una crisis orgánica iniciada en 1930 y todavía hoy sin solución. A lo largo de esta crisis orgánica de larga duración han habido momentos de intensificación (1975-1976, 1989) y algunos intentos consistentes de construir un nuevo sistema hegemónico, de los cuales al menos dos se destacan: el del peronismo, básicamente una alianza entre el proletariado industrial y la burguesía local o nacional, entre 1946 y 1955, y el neoliberal o neoconservador impulsado primero, sin demasiado éxito, por la dictadura militar y luego, ahora sí exitosamente, durante las dos presidencias de Carlos Menem (1989-1999), fundado en la alianza entre la gran burguesía financiero-especulativa y los más pobres de la sociedad (una expresión deliberadamente ambigua, que remite a un colectivo poco homogéneo, dentro del cual se incluyen trabajadores, algunos sectores proletarios y clase media baja).

Tras la caída de la dictadura militar (1976-1983) y la frustración del gobierno de Raúl Alfonsín, Menem fue el líder de la alianza de clases que intentó llevar adelante el más consistente intento de la burguesía argentina por construir un nuevo bloque histórico, intento que, finalmente, no pudo superar una década de duración.¹³ Esa breve temporalidad es, en definitiva, expresión de las fortísimas dificultades de la burguesía argentina por constituirse nuevamente en clase dirigente, una condición que perdió en 1930, cuando la crisis orgánica puso fin al bloque histórico constituido hacia 1880. Pero también es cierto que aunque Menem conserva cierta capacidad de liderazgo (deteriorada después de las elecciones de abril de 2003) entre fracciones burguesas (y también entre sectores pobres), no menos lo es que la alianza social que sustentó su proyecto se fracturó, pues la crisis social y económica le privó de los sostenes obreros y de clase media que se ilusionaron con el *Titanic*.

¹³ En términos gramscianos, el menemismo fue una más de las varias prácticas *transformistas* ejercidas por la burguesía argentina. El *transformismo* es una política de cooptación de cuadros dirigentes opositores o, más específicamente, la acción mediante la cual la clase dominante coopta, absorbe y/o integra a los intelectuales de las clases subalternas, descabezando, así, a éstas en el plano de la dirección política e ideológica. El transformismo puede ser orgánico o molecular, según capture, respectivamente, a grupos enteros o sólo a individualidades.

Como se ha dicho antes, las transformaciones estructurales ocurridas a partir de 1975 han modificado profundamente a la sociedad argentina, provocando cambios sustanciales en las clases sociales. En este sentido, es clave prestar atención a la crisis de 1989, la de la hiperinflación. Eduardo Basualdo ha señalado, agudamente, que ella fue “una crisis dirigida a remover las restricciones estructurales que impedían el desarrollo y la consolidación del patrón de acumulación basado en la valorización financiera, que había puesto en marcha la dictadura militar”. En rigor, se trató, añade, siguiendo la conceptualización de Guillermo O’Donnell, de una crisis triple (o de tres crisis): *de gobierno, de régimen y de acumulación* (Basualdo, 2001: 54 y 57-58). No se trata sólo del achicamiento de la clase obrera, primero, y de la clase media urbana, después, sino también de la aparición de nuevos sujetos sociales -los nuevos pobres, los desocupados, los piqueteros- y de una terrible redistribución regresiva de la riqueza nacional, tal como se ha visto en las primeras páginas. Los desocupados y los piqueteros -a veces son unos y otros, pero no todos los desocupados son piqueteros- son un sector considerable de la sociedad actual y constituyen un desafío teórico: ¿marginales, ejército industrial de reserva, multitud?

Una nota distintiva de la actual crisis social es la aparición de conflictos diversos, distribuidos desigualmente por la geografía argentina. El conflicto -etimológicamente, choque- supone un enfrentamiento entre dos o más fuerzas, las cuales procuran -por sí o con alianzas- doblegar a su principal contendiente, situación que puede llevar y llegar al empleo de alguna(s) forma(s) de violencia, con la intención de desnivelar la relación de fuerzas dada. No toda crisis genera conflictos, mas cuando una crisis se desarrolla en una dirección conflictiva, es decir, hacia la aparición del conflicto, éste se presenta como una solución o una salida de la crisis. ¿Por qué? Porque el conflicto introduce, en un campo de incertidumbre, justamente algunas certidumbres y seguridades, necesarias para todo enfrentamiento. Bipolariza la situación, definiendo quiénes son victimarios y quiénes víctimas de la misma, por tanto, quién es el adversario (y hasta el enemigo) a combatir y quiénes los iguales y/o los aliados. Esa definición sirve, entre otras cosas, para dar confianza a quienes quedaron desorientados y desamparados por la crisis. Aquellos que tienen responsabilidad de dirección política e ideológica no pueden, en este contexto, equivocarse en el diagnóstico y en la propuesta de acción. Con todo, incluso acertando, nada garantiza el resultado. La salida de la crisis puede no ser más que una fuga hacia adelante. O bien sentar las bases para una acción futura realmente efectiva y eficaz.

Sin dudas, el fenómeno de los piqueteros se ha convertido en la manifestación más visible de la conflictividad generada por la crisis. El piquete es, también, la forma conflictiva más practicada en el tiempo que lleva la crisis. En efecto, entre 1997 y 2002 se han registrado 3.949 acciones piqueteras, conforme esta distribución temporal:

1997	140
1998	51
1999	252
2000	514
2001	1.383
2002	2.154. ¹⁴

A la crisis social y a la económica se sumó la crisis política. El clímax de ésta se alcanzó los días 19 y 20 de diciembre de 2001, pero sus comienzos visibles se sitúan en la renuncia del vicepresidente Carlos *Chacho* Álvarez, el 5 de octubre de 2000, y se hizo ya patente con los resultados electorales del 14 de octubre de 2001. No obstante, un análisis cuidadoso podría probar que ella empezó a incubarse en el momento mismo en que la Alianza decidió llevar como candidato a presidente a Fernando De la Rúa, un político conservador, mediocre y con antecedentes de gestión no muy felices. Esa candidatura pronosticaba un resultado negativo. Tal vez, incluso, la formación de la misma Alianza -al menos para los sectores predominantes, en el interior de ella, en términos cuantitativos y de dirección, esto es, el radicalismo afín a De la Rúa- conllevaba ese sino. La unión por el espanto (el llamado menemismo) fue, así, más fuerte y decisiva que el programa (combatir al modelo neoliberal).

Eduardo Basualdo ha establecido un paralelo entre la crisis de 1989 y la de 2001, entendiendo que ambas comparten el mismo triple carácter de crisis de gobierno, de régimen y de patrón de acumulación. Empero, encuentra una gran diferencia: en la segunda de ellas, “se pone cada vez más en evidencia que ahora las dos fracciones de los sectores dominantes enfrentan escollos que intentan superar. Así, mientras la fracción local de los sectores dominantes impulsa un cambio drástico en el funcionamiento económico manteniendo el *transformismo argentino*, la fracción extranjera del bloque de poder persigue la profundización del funcionamiento económico actual [se refiere al basado en la convertibilidad] y al replanteo del *transformismo*” (Basualdo, 2001: 101).

¹⁴ Fuente: *Clarín.com*, edición digital del 29 de setiembre de 2002, para los datos hasta esa fecha, actualizados luego para completar los del año 2002.

El 19 y el 20 de diciembre de 2001, la política se trasladó de los espacios cerrados a las calles. Los hechos de esos dos días, considerados en sí mismos, como acontecimientos puntuales, mostraron, por lo menos, tres características principales: 1) la violencia de los jóvenes, 2) la violencia de los saqueos, 3) la reaparición de grupos parapoliciales, actuando contra manifestantes. Cada uno ellos amerita un tratamiento detenido, posibilidad que escapa a los límites espaciales aquí disponibles.

Pese a tal limitación, es necesario subrayar, al menos, las líneas más gruesas. En primer lugar, y más allá de los mitos circulantes -a veces elevados al rango de fundacionales de una nueva etapa histórica de las luchas populares argentinas-, debe prestarse especial atención al análisis de los acontecimientos de esos dos días. Un análisis que, claro, debe ser lo más riguroso posible. El rigor es necesario para distinguir cuánto hubo de premeditación y organización y cuánto de espontaneísmo en las movilizaciones y en algunas acciones -en particular los saqueos-, como también para advertir cuánto hay de germinal en esos dos días y en algunos hechos posteriores derivados.

Al respecto, recuerdo que en una de sus tantas agudas observaciones a propósito del análisis de las situaciones, Antonio Gramsci señala la necesidad de distinguir cuidadosamente entre *movimientos y hechos orgánicos o estructurales* y *movimientos y hechos de coyuntura u ocasionales*. En el análisis histórico-político, dice, es frecuente incurrir en el error de no saber encontrar la relación justa entre unos y otros, yerro que lleva a exponer como inmediatamente operantes causas que, en cambio, sólo lo son mediatamente (lo cual provoca un exceso de “economismo” o de doctrinarismo pedante), o bien a afirmar que las causas inmediatas son las únicas eficientes (generando así un exceso de “ideologismo”). En el primer caso se sobrevalúan o sobreestiman las causas mecánicas, en el segundo, el elemento voluntarista e individual. Se trata de una distinción, añade, que “debe ser aplicada a todos los tipos de situación”, sean aquellas en las cuales se verifica tanto un desarrollo regresivo o de crisis aguda, cuanto uno progresivo o de prosperidad o bien un estancamiento de las fuerzas productivas. “El nexo dialéctico entre los dos órdenes de movimientos y, en consecuencia, de investigación, es difícilmente establecido con exactitud, y *si el error es grave en la historiografía, es aún más grave en el arte político, cuando no se trata de reconstruir la historia sino de construir la presente y la futura*” (Gramsci, 1975, vol. 3: 1580; las itálicas son mías).

La recuperación de la acepción etimológica de la palabra política es un dato significativo de la crisis. Una porción considerable de sectores sociales urbanos ganó las calles, es decir, la *polis* y planteó, con avances y retrocesos, la posibilidad de recuperar y asumir la preocupación por la *res pública*. En momentos de crisis, los símbolos y las manifestaciones simbólicas se tornan ilustrativos. Mientras la sociedad llevaba la política a las calles, los políticos profesionales -comenzando por los legisladores- la encerraban, si no en un *bunker*, al menos entre vallas, o sea, rejas. Ello ya fue pasible de advertir el día en que la Asamblea Legislativa se reunió para tratar la renuncia del efímero presidente Adolfo Rodríguez Saá y designar al senador Eduardo Duhalde. El alto cuerpo sesionó dentro del edificio del Congreso rodeado de un vallado situado a 200 metros. Posteriormente, y hasta hoy, las vallas liberaron ese espacio, pero siguen cerrando la casa de las leyes, incluyendo no sólo el edificio principal sino también el anexo. Lo mismo ocurre con la Casa Rosada, la sede del Poder Ejecutivo.

Desde el 19 y 20 de diciembre, cacerolazos, asambleas barriales y marchas se hicieron usuales, aunque su intensidad ha experimentado un notable decrecimiento. Las asambleas barriales, particularmente, se convirtieron en una de las principales novedades aportada por la crisis. Pero muchos se deslizaron del dar cuenta de la novedad hacia el maravillamiento, especialmente visible en sectores de la izquierda orgánica o realmente existente, que creyó ver en ellas el embrión de un contrapoder popular (y fue responsable de haber abortado muchas de ellas). Simétricamente, también el tradicional diario de derecha *La Nación* encontraba en ellas un embrión de *soviets* y los descalificaba por ser mecanismos informales de toma de decisiones y un peligro para la democracia representativa.¹⁵

Diecinueve meses después de la caída estrepitosa del gobierno de la Alianza -la cual incluyó muertos- lo viejo no ha terminado de morir, lo nuevo no ha terminado de nacer. Los ciudadanos siguen descreyendo de las dirigencias, no han encontrado el rumbo, ni la estrategia ni los instrumentos para salir de la crisis. La burguesía cuenta con mejores chances y no vacila en emplearlas. La clase media vive una situación de desorientación que no termina de procesar,

¹⁵ Véase, por ejemplo, el editorial "Asambleas barriales" de la edición del 14 de febrero de 2002. Por cierto -y obviamente-, el diario ha silenciado y silencia el poder informal del capital financiero y de los organismos internacionales como el Fondo Monetario Internacional.

escindida entre la búsqueda de nuevos caminos y la “salida por Ezeiza”.¹⁶ Sectores de productores rurales, de agroindustriales y algunos otros industriales urbanos experimentan cierta mejoría y alientan la posibilidad de ampliarla, aunque chocan con las dificultades para acceder a créditos. Trabajadores, desocupados y piqueteros continúan en la incertidumbre laboral, marcada por el temor de perder el trabajo que se tiene, en unos, y por la desesperanza de volver a tenerlo, en otros. Asambleístas barriales y otros actores sociales persisten, más allá de la disminución del entusiasmo inicial y del número de participantes -pero también habiéndose depurado-, en la búsqueda de nuevos caminos...

Odisea 2002

La larga y compleja crisis argentina muestra signos confusos en lo que hace a su posible salida, ya no solución. Si bien -en el plano social y político- se encuentra alejada del paroxismo de noviembre 2001-marzo 2002, algunos indicadores muestran un empeoramiento de la situación. Ello es claramente perceptible en: 1) el incremento de la pobreza, 2) la profundización de la crisis de representatividad de los partidos políticos y 3) la dilución de posibles salidas políticas.

En sólo cinco meses, de mayo a octubre, del año 2002, la pobreza aumentó 4,5 puntos en todo el país. En efecto, según información del Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INDEC), un organismo oficial, los pobres argentinos pasaron, en dicho lapso, de 19.100.000 a 20.815.000, es decir, 1.645.000 más (y dentro de éstos, 973.000 eran indigentes). En términos porcentuales, ello implica una suba desde 53 a 57.5 por ciento, cifras que constituyen récords sucesivos. La gran mayoría de los pobres (19.678.000) vive en zonas urbanas, mientras el resto, 1.137.000, lo hace en las rurales.

Pero si se toman las cifras de un año -de octubre de 2001 al mismo mes de 2002-, los nuevos pobres suman 7,1 millones, lo que significa un crecimiento a razón de 600.000 nuevos pobres por mes. En ese mismo período, el porcentaje de pobres pasó de 38.3 a 57.5 (19.2 puntos más) y el de indigentes de 13.6 a 27.5 (13.9 puntos más, esto es, un incremento del 100 por ciento).

¹⁶ Ezeiza es el aeropuerto internacional de la ciudad de Buenos Aires, el principal punto de salida al exterior que tiene el país. En el lenguaje popular, la alusión a que la “salida” es Ezeiza significa que no hay mejor opción que abandonar el país y tentar un mejor destino fuera de él.

El sustantivo incremento del número de pobres e indigentes es explicada, por el INDEC, por el proceso inflacionario, que elevó fuertemente el precio de los alimentos básicos a lo largo de 2002: ellos subieron 28,3 % entre mayo y octubre y casi el 75% a lo largo de todo el año. A su vez, la tasa de inflación anual fue de 41 %, aunque no afectó del mismo modo a todos: para las familias más pobres, la inflación promedio fue de 47,4 %, contra 38,6 % para las más ricas. En contraste, los salarios, jubilaciones e ingresos se mantuvieron congelados, excepto un ligero incremento de 100 pesos (∇ 30 euros/dólares) otorgados a partir de julio para el personal en blanco.

Según el INDEC, en octubre del 2002 eran pobres las familias-tipo (matrimonio y dos hijos) que, en la Capital y el Gran Buenos Aires, ganaban menos de \$ 716 (∇ 210 euros/dólares) mensuales. Los datos oficiales indican que el 70 % de los que trabajaban ganaban menos de esa cifra. En tanto, son considerados indigentes aquellos que no alcanzaban a comprar una canasta básica de alimentos, es decir, familias que ganaban menos de 324 pesos (∇ 100 euros/dólares) mensuales.

Un estudio del Banco Mundial, realizado en noviembre-diciembre de 2002 por Ariel Fiszbein y Paula Giovagnoli, muestra que 17,5 % de los hogares argentinos –1.381.945 familias- estaba, en ese momento, sufriendo hambre. De ellas, 400.000 familias pasaron por una situación de hambre “en forma severa”. A su vez, en el caso de los hogares que no tuvieron hambre (6.535.432, es decir, 82,5 %), se sospecha que “una gran cantidad de ellos puede haber experimentado reducciones en cantidad y calidad de alimentos para adecuarse al presupuesto del hogar”. Casi un millón de los hogares con hambre está constituido por familias con menores de 18 años, los cuales representan 24,7 % del total. Esta proporción se eleva a 28,9 % en el caso de los hogares con menores de 6 años. El estudio señala que 2.600.000 argentinos menores de 18 años pasaron hambre en algún momento del año.¹⁷

Para entonces, según la misma fuente, la brecha entre el 10 % más rico y el 10 % más pobre era de 46, 6 veces (valores para la Ciudad Autónoma de Buenos Aires y el Gran Buenos Aires). Después de mi participación en el curso en Gandía, nuevas informaciones dan cuenta de un agravamiento de la situación en este campo. En efecto, según un estudio realizado por la

¹⁷ “En el 17,5 % de los hogares argentinos se pasa hambre”, *Clarín*, Buenos Aires, 5 de julio 2003, p. 22.

muy seria consultora Equis y difundido el 29 de julio, el diez por ciento más pobre de la población de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires gana, a mediados de 2003, 195 veces *menos* que el diez por ciento más rico. El primero de estos deciles, al mismo tiempo, disminuyó su participación en el ingreso total de la ciudad en 50 %, y el de los más ricos, en cambio, la incrementó 6,9 por ciento. Conforme estos valores, la brecha entre ricos y pobres supera ahora, con veinte puntos más, la magnitud récord de 2001 (175 veces). La intensidad de la crisis se hace aún más clara cuando se tiene en cuenta que tal brecha era, en 1997, 57,4 veces. Según el sociólogo Artemio López, director de Equis, entre las razones de este ensanchamiento de la brecha social están la devaluación y la crisis general. A su juicio, “la devaluación golpeó con singular dureza en los más pobres”, entre los cuales “la inflación impactó en un 70 por ciento, ya que se destinan la mayor parte de su renta a los alimentos”. La conclusión es evidente: “La brecha ha ido diluyendo fuertemente el perfil social homogéneo de la ciudad de Buenos Aires. La Capital Federal ha perdido esa condición al compás del empobrecimiento creciente de los integrantes residentes de las franjas medias”.¹⁸

Debe tenerse en cuenta que, para establecer tanto la pobreza cuanto la indigencia estadística, se trata de la llamada pobreza o indigencia por ingresos. Vale decir, se consideran sólo los ingresos monetarios de las familias, prescindiendo de otros indicadores, como las condiciones de vivienda o el acceso a los servicios básicos. El monto de los ingresos es la variable que permite determinar si ellos alcanzan o no para comprar una canasta básica de alimentos (indigencia) o de alimentos y servicios básicos (pobreza).

La pobreza y la indigencia crecieron pese a la implementación masiva de la asistencia estatal mediante los Planes Jefes y Jefas de Hogar -en teoría, un subsidio universal otorgable a cualquier jefe de familia (hombre o mujer) de todo el país con hijos a cargo, desocupado y que no reciba otro beneficio social-, los cuales otorgan apenas \$ 150 pesos (∇ 50 euros/dólares) a unos 2 millones de hombres y mujeres considerados jefes de hogares. Si bien esa cifra es paupérrima -alcanza apenas para cubrir menos de la mitad de una canasta básica familiar de alimentos-, ha permitido morigerar el aumento de aquellas. Según el INDEC, sin esos planes, la pobreza y la indigencia hubiesen sido aún mayores. Pero, como veremos luego, la importancia mayor de estos planes asistencialistas radica en su formidable capacidad de contención de la conflictividad social.

¹⁸ El informe, en soporte electrónico, fue difundido por Argenpress. Véase, INFOSIC, “Desigualdad social en la ciudad de Buenos Aires”, en <http://www.argenpress.info>, 29 de julio de 2003.

El faro del fin del mundo

Las crisis suelen ser ocasiones propicias para la aparición de nuevas formas de representación, organización y acción. En la larga crisis actual, sectores de la sociedad argentina -en particular los más afectados- han generado algunas bien interesantes, tales como los piqueteros, las asambleas barriales y los clubes de trueque.

Los primeros piquetes aparecieron en junio de 1996, protagonizados por trabajadores petroleros de Cutral-Có, a los que se sumaron luego, en 1997, los de Tartagal, desocupados tras el proceso de privatización de Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF, empresa emblemática), adoptando la modalidad del corte de rutas, al estilo de los campesinos bolivianos. Ambos fueron inicialmente desactivados por el gobierno de Menem, apelando al otorgamiento de planes de asistencia para desocupados. Empero, poco después, empezaron en el Gran Buenos Aires. Su expansión cuantitativa, como forma de lucha, fue muy rápida, tal como se ha indicado antes. Inicialmente, sus demandas se centraban, casi exclusivamente, en materia de alimentación, salud, vivienda, educación y, obviamente, trabajo.

En los piquetes participan tanto hombres como mujeres, unos y otras en una amplia banda etaria. En su organización y *modus operandi* es posible apreciar el pasado obrero. Sólo la experiencia de las luchas sindicales puede dotar de instrumentos de las características de los empleados, incluyendo la apelación a la violencia. Política e ideológicamente constituyen un mosaico de posiciones, a menudo con importantes divergencias, aunque todos se reconocen como parte del *campo popular*, una expresión ambigua que sirve para potenciar lo que los une y postergar el análisis de las diferencias. Si bien las organizaciones piqueteras no responden orgánicamente a partidos políticos, su división en varias tiene algunos correlatos en posiciones políticas, especialmente en el caso de los dirigentes, mucho más que en el de las bases, en general sin formación ni experiencia política previa. Así, por ejemplo, el Bloque Piquetero, constituido por el Polo Obrero, el Movimiento Teresa Rodríguez y otras tres agrupaciones menores, reúne un significativo número de trotskistas (especialmente del Partido Obrero) y antiguos militantes comunistas, sin excluir a quienes carecen de pertenencia política, y no excluye la posibilidad de constituir un frente y participar de procesos electorales. A su vez, en el Movimiento de Trabajadores Desocupados Aníbal Verón se encuentran “guevaristas”, “peronistas rebeldes”, militantes de organizaciones defensoras de derechos humanos y de base de la Iglesia. Su posición es inequívocamente antisistema, negándose a participar de las elecciones y apostando, a largo plazo, a la revolución popular (a diferencia del Polo Obrero, que

sostiene que ella comenzó con la caída del presidente Fernando De la Rúa). En la mayor organización piquetera, al menos por número de miembros y extensión geográfica, la formada por la Federación Tierra y Vivienda y por la Corriente Clasista y Combativa, hay hombres con una bien variable experiencia política, pasada y/o presente, desde peronistas, viejos sindicalistas y militantes laicos de la Iglesia hasta comunistas revolucionarios (que en los años 1960-1970 eran “pro chinos”). Esta organización está ligada a la Central Argentina de Trabajadores, una experiencia innovadora en las luchas sindicales. No desdeña la lucha electoral y algunos de sus dirigentes ocupan cargos políticos. Procura una política de alianza con la clase media y con los sindicatos combativos y es más proclive a la negociación que al enfrentamiento directo con la policía.

Las organizaciones piqueteras generaron un nuevo tejido social, a partir de originales formas de acción en los barrios, las cuales abarcan desde huertas vecinales hasta comedores y centros de salud comunitarios. Empero, el potencial disruptivo se ha visto ocluido por la entrada en la lógica perversa de funcionamiento del sistema político tradicional. El Estado destina una importante suma anual de dinero para atender los Planes Jefes y Jefas de Hogar y éstos se han convertido, adicionalmente a su objetivo específico, en una fuente de financiamiento de dichas organizaciones. Ellas rompieron el antiguo monopolio del reparto de la ayuda social, que compartían caudillos políticos y sindicales, pero no con la práctica de negociar con el Estado (en los niveles nacional, provincial y municipal) y entre ellas mismas, el *quantum* del reparto. De ese modo, terminó imponiéndose la lógica clientelística, propia de este tipo de planes, a la cual no escapan las organizaciones más contestatarias. Más aún, han sido capturadas –o se sumergieron, también ellas- en la histórica primacía de la lógica corporativa, tan típica del sistema político argentino, según una hipótesis que he planteado hace ya más de una década.

La otra gran novedad que generó la crisis fueron las asambleas vecinales o barriales, constituidas en algunas de las principales ciudades del país (de modo más destacado en la de Buenos Aires). En ellas, miles de vecinos se reunieron espontáneamente para tratar de dar respuesta a una de las dos caras –a veces, a ambas- de la tensión que generaron con su sola existencia y acción: construir nuevas formas de instituir lo público-político, superando la institucionalidad estatal existente y la mediación partidaria, en un plano más macrosociológico, o bien ceñirse a la atención del espacio barrial, con sus diversas necesidades, en un plano más microsociológico. Así, creación de comedores populares, realización de acciones solidarias

con cartoneros y convergentes con piqueteros, otras manifestaciones colectivas, amén de asambleas interasambleas dieron cuenta de la potencialidad de esta nueva forma de participación desde abajo. Las asambleas barriales fueron -siguen siendo, pese a su tendencia al agostamiento- una formidable experiencia de recuperación de la política, del espacio público y de la participación activa. De hecho, devolvieron a la política su significado etimológico: La derecha y la izquierda realmente existente las vieron como expresión argentina de los antiguos *soviets* y actuaron en consonancia: la primera, para terminar con ellas; la segunda, proponiéndose como vanguardia de las mismas y haciendo todo lo posible por cooptarlas, provocando una fuerte corriente de vecinos desertores. De hecho, la izquierda realmente existente, con su manía vanguardista y su estrategia de cooptación, es altamente responsable del fracaso de esta innovadora, rupturista, experiencia. Por acción de una y otra, pero también por incapacidad de pasar a una instancia superior de organización y acción, las asambleas barriales, más allá de algunas prácticas innovadoras y exitosas, parecen haber entrado en un pantano, al menos como espacio no sólo renovador de la práctica política, sino como embrión de una profundización de la democracia..

La aparición y actividad de los clubes, nodos, redes y circuitos de trueque fue otra novedad, nada desdeñable, toda vez que fueron millones de personas las que participaron de ella, especialmente cuando la crisis se hizo más aguda. La extensión –geográfica y social- alcanzada llevó a emitir una moneda paralela que al comienzo sólo servía para intercambios dentro de la red, pero luego alcanzó –en algún caso- validez como medio de pago de impuestos municipales. También llevó a la emisión de moneda de trueque falsa. Apareció así el *prosumidor*, una experiencia subjetiva tendente a unir, en un mismo *locus* las capacidades de productor y de consumidor prescindiendo de las mediaciones clásicas de la economía formal. En una línea parecida se encuentra otra modalidad de lucha ampliamente extendida: la ocupación, por parte de sus trabajadores de empresas cerradas –a menudo, en rigor, vaciadas- por sus propietarios, modalidad que la izquierda realmente existente intentó convertir en una experiencia capitalizable, creyendo hallar en ella el sujeto proletario perdido o ausente.

Estas formas de lucha fueron asociadas a la saga de la lucha contra la mundialización neoconservadora: Porto Alegre, Seattle, Genova. En y desde el fin del mundo, un faro brillaba para orientar a los buscadores de un mundo mejor.

Ahora bien: entre diciembre de 2001 y abril de 2003 –un largo año y medio- se constata

el pasaje de una situación cuasi insurreccional a unas elecciones presidenciales con alta participación ciudadana y una fase de estabilización institucional, tal vez más aparente que real, dentro de la cual es factible apreciar que los cinco principales candidatos (provenientes todos ellos de los dos partidos tradicionales el radicalismo y el justicialismo) sumaron casi el 95 % de los votos, a modo de mentís rotundo a la movilizadoras consignas del verano 2002, "Que se vayan todos, que no quede ni uno solo", "Piquetes, cacerolas / la lucha es una sola". Se trata de un viraje más que significativo.

Navegar entre el riesgo y la seguridad

Durante ese tiempo, institucionalmente se produjeron los locos diez últimos días de diciembre de 2001: renuncia del presidente De la Rúa, designación de Ramón Puerta como efímero presidente provisional (en su condición de presidente del Senado), reemplazado por Adolfo Rodríguez Saá, a quien la Asamblea Legislativa nombró, sorpresivamente, con la intención de una pronta convocatoria a elecciones. Empero, las reales o supuestas intenciones del nuevo mandatario de ejercer el cargo hasta completar el período iniciado por De la Rúa (es decir, hasta el 10 de diciembre de 2003), generaron una fuerte oposición dentro del propio Partido Justicialista y, por extensión, una situación de debilidad que le llevaron, tras apenas una semana en el cargo, a presentar su renuncia –con sabor a destitución–, y a su reemplazo, también interinamente, por Eduardo Caamaño (presidente de la Cámara de Diputados) y, finalmente, al nombramiento del senador Eduardo Duhalde, otra vez por decisión del Congreso en pleno, con mandato hasta el 10 de diciembre de 2003. Puerta, Rodríguez Saá, Caamaño y Duhalde eran, al menos en ese momento, miembros del Partido Justicialista.

Cabe señalar que en su efímera gestión, Rodríguez Saá declaró, con los aplausos de los legisladores, la suspensión del pago de la deuda externa (*default*), aunque, según alguna información, ella no se hizo efectiva –todo lo contrario, pues se habrían realizado pagos– durante aquella. A esta medida le siguieron, ya bajo el gobierno de Duhalde, la devaluación del peso –que llevó a una fuerte suba de los precios y a un mayor deterioro del salario real–, un cierto desabastecimiento de productos esenciales, y el descalabro de actividades civiles y comerciales reguladas jurídicamente (contratos, deudas, depósitos dolarizados), amén de una formidable ruptura de las reglas de juego institucional o, si se prefiere, un desquicio social, económico y político.¹⁹

¹⁹ Aunque no siempre se lo tiene en cuenta, las crisis –especialmente las más agudas– son también crisis de derechos. En el caso argentino, la magnitud de la misma fue tal que afectó derechos civiles fundamentales de una

Publicación electrónica en <http://www.catedras.fsoc.uba.ar/udishal>

Para el gobierno de Duhalde se trató, en primer lugar, de restablecer el orden, evitar la continuidad de la violencia (que, recordemos, se cobró no menos de 30 muertos) y construir un nuevo –tal vez más que reconstruir- marco regulador del funcionamiento del sistema bancario-financiero y comercial. Como ya había advertido Eduardo Basualdo antes de la crisis desatada en noviembre-diciembre, en el fondo, la confrontación era (sigue siéndolo) entre dos grandes fracciones burguesas: una, la dominante hasta la crisis, conformada por grupos económicos locales y algunos extranjeros, con base económica en colocaciones financieras en el exterior, y la otra, “posicionada en activos fijos con obligaciones dolarizadas, el sector financiero y los diferentes inversores extranjeros que adquirieron empresas y paquetes accionarios durante los años previos” (Basualdo, 2001: 86-87).

Lo que el gobierno de Duhalde hizo fue reasignar recursos, de manera tal que los grandes beneficiarios resultaron los bancos (a los cuales el Estado compensó económicamente por las pérdidas generadas por la pesificación), los grupos económicos endeudados en dólares (beneficiados por la pesificación de sus deudas), los grandes propietarios y empresas rurales productores de materias primas y, por extensión, los consorcios exportadores, en buena medida transnacionalizados, para quienes un dólar alto es una fuente de ganancias (lo que ha llevado a algunos grupos agroindustriales a vender en el mercado local a precios del mercado internacional).

Políticamente, ambas fracciones fueron definiéndose en torno a dos grandes posiciones: la que integran los partidarios de la dolarización, la incorporación al ALCA y la intervención militar para reprimir el conflicto social, y la constituida por los partidarios de la devaluación y pesificación y, aunque no necesariamente por todos, el fortalecimiento del Mercosur. Carlos Menem y Ricardo López Murphy expresan, políticamente, a la primera de estas posiciones. Eduardo Duhalde y Néstor Kirchner, a la segunda. En ambos casos, claro, con sus matices.

Un tercer bloque de fuerzas tuvo posibilidades de constituirse como una alternativa popular con orientación de centro izquierda a izquierda y base social en el sindicalismo no burocrático y en los diferentes sujetos sociales partícipes de las luchas recientes. No obstante, careció de capacidad de convertir una posibilidad en una realización.

economía y una sociedad capitalista, incluyendo el mismísimo derecho de propiedad privada, como en el caso de la confiscación de los depósitos bancarios.

El acceso Eduardo Duhalde a la presidencia, y la permanencia en ella, fue factible por, al menos, tres razones: 1) la ruptura del pacto de dominación expresado por el menemismo, dentro del cual la hegemonía detentada por los capitalistas de las empresas privatizadas (extranjeros en o sin alianza con burgueses locales) y el sector financiero transnacional; 2) la solidez del justicialismo bonaerense, controlado por el propio Duhalde, con notable persistencia de su capacidad de penetración en los sectores sociales más pobres y con un nivel de organización capaz de controlar el conflicto social, en buena medida mediante redes clientelares, eficazmente utilizadas en la distribución de unos dos millones de planes sociales; 3) la capacidad de ese mismo justicialismo bonaerense para ofrecerse, ante la ruptura institucional, “como *último garante de los restos del sistema político*”.²⁰

El principal aporte del gobierno de Duhalde a la salida de la crisis –sostiene el Colectivo Situaciones, y yo coincido- tuvo como mérito fundamental el “subsistir al juego de presiones cruzadas y, particularmente, a la amenaza constante de las cacerolas”.²¹

El proceso de recomposición del sistema político se hizo más definido a partir del segundo semestre de 2002 y giró alrededor de tres aspectos: 1) la gestión del ministro de Economía, Roberto Lavagna, quien asumió el cargo el 27 de abril de ese año y la llevó adelante compatibilizando intereses; manteniendo el valor del dólar en un cambio alto (alrededor de los tres pesos), pero lejos de las estimaciones agoreras de economistas neoliberales que pronosticaban un cambio que iba de los 7 a los 10 pesos; logrando controlar la inflación, alejando el fantasma y el riesgo de la hiperinflación. Complementariamente, comenzó a producirse un “moderado crecimiento de los sectores económicos beneficiados”; 2) “la distribución de los planes sociales aceptaron los aparatos políticos, los cuales por medio de las redes del clientelismo lograron consolidar una cierta tranquilidad social”; 3) el aumento de la represión de los conflictos y movilizaciones sociales, cuyo punto máximo fue la ejercida en Puente Pueyrredón, que une la ciudad de Buenos Aires con la de Avellaneda, el 26 de junio del 2002.²² En este operativo represivo fueron asesinados, por efectivos policiales, dos jóvenes piqueteros, Maximiliano Kosteki y Darío Santillán.

Pese a esos logros, Duhalde decidió anticipar la realización de las elecciones presidenciales y el traspaso del mando (del 10 de diciembre al 25 de mayo de 2003), poniendo

²⁰ En este punto –y en otros- sigo el lúcido análisis del Colectivo Situaciones (2003).

²¹ Apenas asumida la presidencia, Duhalde sostuvo: “con asambleas no se puede gobernar”.

²² Sigo, otra vez, al Colectivo Situaciones (2003).

al desnudo el cuestionamiento, la soledad y el patetismo de la dirigencia política. En buena medida, tal decisión fue la respuesta al asesinato, de los dos piqueteros. “El adelanto de las fechas influyó, entonces, sobre las tres tendencias virtuosas a partir de las que el gobierno procedía a realizar su programa de reconstrucción mínima de institucionalidad: a- la consolidación del precio del dólar, e incluso la baja, y la recuperación inevitable –incluso inercial– de una economía que no paraba de caer durante casi 4 años seguidos. Este punto fue de una enorme relevancia ya que la habilidad del gobierno en este aspecto logró obtener –como un triunfo– un acuerdo con el FMI y una sensación de progresiva salida de la crisis, a la vez que se comprometía –entre otras tantas cosas– al próximo gobierno a conseguir un descomunal superávit fiscal para el pago de la deuda externa; b- la apertura de una dinámica electoral, aún sobre los restos de los partidos políticos, y en condiciones francamente desfavorables para los candidatos, ninguno de los cuales obtenía sino un bajísimo nivel de popularidad –la Unión Cívica Radical y el FREPASO (...) virtualmente han desaparecido; y el propio Duhalde impidió que el peronismo presentara un sólo candidato, obligando a sus tres líneas internas a presentarse en listas separadas–; c- crecientes niveles de represión de las experiencias del contrapoder: de un lado, la persecución de jóvenes dirigentes piqueteros en los barrios, muchas veces en manos de grupos armados sin uniforme y la reactivación, por otro lado, del aparato judicial, que ordenó en pocos meses –antes de la primera vuelta electoral– el desalojo de fábricas ocupadas por sus trabajadores (siendo caso testigo pero no único el de las trabajadoras y trabajadores de Brukman) y de decenas de ocupaciones (algunas de ellas por parte de asambleas barriales), así como la detención de importantes dirigentes piqueteros salteños” (Colectivo Situaciones, 2003).

La profundización de la crisis de representatividad de los partidos políticos

La ruptura entre representantes y representados –a menudo centrada en la relación entre los partidos políticos y sus bases y votantes, pero también constatable en las principales organizaciones de representación de intereses, en particular los sindicatos obreros– no ha dejado de tornarse cada vez más profunda. La crisis terminó con el Frente País Solidario (FREPASO) –el último y, otra vez, frustrado intento de constituir un tercer gran partido–, que fue parte del gobierno de la Alianza, arrasado por los hechos de diciembre de 2001), y fracturó fuertemente a los dos grandes partidos tradicionales de masas, la Unión Cívica Radical (UCR) y el Partido Justicialista (PJ). Casi toda la dirigencia política actual está cuestionada y su soledad se hace más patética por la carencia de respuestas a los desafíos de la crisis.

La Unión Cívica Radical experimentó un desgajamiento por derecha y otro hacia un desvaído centro-izquierda. En el primer caso, Ricardo López Murphy, ex ministro del gobierno de Fernando De la Rúa, ha organizado y lidera un partido de derecha (RECREAR) que quedó bien posicionado electoralmente (dentro de un cuadro general de escasas adhesiones a las diferentes propuestas electorales), en buena medida porque una parte importante, si no todo lo significativo, de la gran burguesía optó por él antes que por Carlos Menem. En el segundo, Elisa *Lilita* Carrió encabeza Argentina por una República de Iguales (ARI), una fuerza que se pretende progresista y de centro-izquierda, si bien no termina de definir su perfil político-ideológico ni sus propuestas y ha ido diluyendo un cierto entusiasmo inicial. Un tercer dirigente, Melchor Posse, ex intendente municipal (alcalde) de la ciudad de San Isidro, en el Gran Buenos Aires rico, se pasó a las filas de Adolfo Rodríguez Saá, a quien acompañó en las elecciones como candidato a vicepresidente. Lo que queda del viejo partido vivió, antes de las presidenciales, un proceso de elecciones internas para elegir sus candidatos a presidente y vice signado por el escándalo, denuncias de fraude e intervención judicial. Finalmente, el ganador formal fue el senador bonaerense Leopoldo Moreau, quien frustró las aspiraciones de su contrincante, el también senador (por la Capital Federal) Rodolfo Terragno. Curiosamente, en las encuestas previas Terragno había recogido mayor intención de voto que Moreau, aunque el dato es casi irrelevante, pues el centenario partido obtuvo, en abril de 2003, un paupérrimo resultado electoral.

El Partido Justicialista presentó la insólita situación de concurrir a las elecciones de abril con tres fórmulas presidenciales, distintas y enfrentadas entre sí con una ferocidad mayor que la observable frente a adversarios de otras fuerzas. Dicho en otras palabras, un partido con tres candidatos. Aunque el litigio por el empleo del nombre, sigla y símbolos partidarios no está definido, de hecho el PJ ha estallado en tres pedazos y no está claro aún si recuperará su proverbial capacidad de superar las tendencias a la fractura (o, si se prefiere, a mantener la unidad partidaria) o bien irá también él hacia su dilución como la fuerza históricamente conocida. Así, las elecciones generales operaron como una interna (en el mejor de los casos) o bien como un decisivo acto convalidatorio de la división. Uno de los sectores (Frente por la Lealtad) es encabezado por el ex presidente Carlos Menem; otro (Movimiento Nacional y Popular), por el ex gobernador y efímero presidente Adolfo Rodríguez Saá, y el tercero (Frente por la Victoria), por el hasta entonces gobernador de la provincia de Santa Cruz, Néstor Kirchner, propiciado por el presidente Eduardo Duhalde y devenido, así, candidato oficialista. Para algunos, el último era un candidato “progresista”, generando la adhesión de dirigentes que

pertenecieron o simpatizaron el FREPASO del ex vicepresidente Carlos *Chacho* Álvarez, como también de quienes vieron en él el freno de contención más efectivo a las apetencias de Menem.

La izquierda es muy poco relevante en términos electorales y sus propuestas tampoco ofrecen efectivas salidas a la crisis. Los resultados electorales lo demostraron con elocuencia. La expresión más innovadora, la de Autodeterminación y Libertad, encabezada por el diputado nacional Luis Zamora, decidió no participar de las elecciones por entender que hacerlo era convalidar un proceso al que consideraba ilegítimo. Se trata de una estrategia atendible, aunque es posible conjeturar que tácticamente fue un error, pues le privó de la posibilidad - siempre difícil para la izquierda argentina- de “tener tribuna” en los medios de comunicación masiva y de transmitir sus posiciones de manera más efectiva.

Durante la campaña electoral hubo ausencia de propuestas elaboradas y de debates de ideas. Los candidatos se instalaron como personajes de la televisión sin libreto. De hecho, su contacto con la ciudadanía fue casi exclusivamente virtual, a través de los medios de comunicación, en particular la televisión. Ninguno de ellos llegó a tener, en las encuestas previas, una intención de votos superior al 17 o 18 por ciento. Los cuatro mejor posicionados – Menem, Kirchner, Rodríguez Saá y Carrió (no siempre en ese orden)- oscilaban entre esa cifra máxima y una mínima de 13-14 por ciento, variando los dos primeros lugares, según la empresa encuestadora y el momento. El llamado *voto bronca*, el voto en blanco y el impugnado y la abstención fueron opciones importantes inicialmente, aunque, significativamente, comenzaron a perder relevancia a medida que se acercaba la fecha de las elecciones (27 de abril), mostrando un viraje hacia la intención de participación activa y con voto positivo. En buena medida, ese viraje –un efectivo cambio de actitud- comenzó a hacerse visible cuando las encuestas comenzaron a mostrar un crecimiento en la intención de votos a favor de Menem. Tal perspectiva generó una fuerte preocupación por un efecto no previsto (ni querido por la mayoría) de la fragmentación del sistema político: el retorno de Menem al gobierno. Sin duda, tal perspectiva llevó a muchos a optar por alguno de los candidatos, más por posición anti Menem que por coincidencias o convicciones.

A la hora del conteo de los votos, Menem obtuvo 4.740.907 votos (24,45 %); Kirchner, 4.312.517 (22,24 %); López Murphy, 3.173.475 (16,37 %); Rodríguez Saá, 2.735.829 (14,11 por ciento) y Carrió, 2.723.574 (14,05). La UCR fue votada por sólo 453.360 ciudadanos (2,34

por ciento). Izquierda Unida, constituida por el Partido Comunista y el Movimiento al Socialismo, de origen trotskista, sumó 332.863 sufragios (1,72 %) y un desvaído Partido Socialista –centro izquierda- logró apenas 217.385 votos (1,12 %). A su vez, el Partido Obrero, otra expresión del trotskismo argentino, y por tanto de la izquierda institucional o realmente existente, alcanzó 139.399 (0,72 %). Otras fórmulas obtuvieron aún menos votos.

Los resultados obligaban a una segunda rueda electoral (*ballotage*) entre los dos candidatos más votados, la cual no se realizó por la deserción vergonzosa y dañina (para la institucionalización de la democracia) de la fórmula encabezada por Carlos Menem. Manifiestamente, la candidatura de Kirchner, en medida considerable desconocido por buena parte de la ciudadanía, fue impuesta y sostenida por el presidente Duhalde, quien logró controlar disciplinadamente al justicialismo de la provincia de Buenos Aires, responsable de una significativa proporción del *quantum* de votos obtenidos por el gobernador de la petrolera provincia de Santa Cruz. De hecho, Kirchner logró 1.910.516 votos en la primera provincia argentina. Esos guarismos representan 25,72 % de los votos en Buenos Aires (contra 20,40 % obtenido por Menem) y, más importante, 44 % del total de su caudal electoral. Ello parecía colocar al nuevo presidente en la situación potencial si no de rehén al menos en la de fuerte condicionamiento por el poder del saliente, como bien se encargaron de repetir sus adversarios.

Para Kirchner, y para la institucionalización política y la propia democracia, la segunda vuelta era fundamental: podía capitalizar todo el voto antimenemista –las encuestas posteriores al 27 de abril le daban una intención de voto situada entre el 65 y el 70 por ciento- y obtener un grado de legitimidad mayor.

La segunda ronda estaba convocada para tres semanas más tarde, el 18 de mayo. Durante las primeras dos se produjo “un masivo apoyo de dirigentes de casi todos los partidos a Kirchner. Incluso, un buen número de apoyos recibidos por Menem en la primera vuelta comenzaron a emigrar hacia las posiciones del seguro próximo presidente. En este contexto, Menem renunció a participar a la segunda vuelta acusando a Duhalde de organizar un fraude electoral, y a Kirchner de ser un montonero. De ese modo, el éxito que implicó para la recomposición de una institucionalidad representativa la primera vuelta electoral, se vio interrumpida al frustrarse la segunda vuelta y no poder proclamar un gobierno electo por un gran porcentaje del electorado. El nuevo gobierno surge entonces entrampado por la persistencia de la lógica del Estado–mafia, y sin poder efectivizar su capital político –o

popularidad– de manera inmediata” (Colectivo Situaciones, 2003). Esta situación “debe leerse a la luz de la reconfiguración de la totalidad del sistema político”, la cual podría producirse mediante la serie de elecciones para designar legisladores nacionales, Jefe de Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires y gobernadores de provincias, entre ellas dos de las más importantes, Buenos Aires y, Santa Fe. A su vez, en la otra de las tres grandes, Córdoba, los comicios ya se realizaron, triunfando el justicialismo, quien logró la reelección de Juan Manuel de la Sota, frustrado delfín de Duhalde que coqueteó con Menem y devino partidario de Kirchner.

Así, Néstor Kirchner se convirtió en el nuevo presidente. Lo fue en una situación delicada, pues el escaso porcentaje de votos obtenidos en la primera vuelta le asignaba una baja legitimidad cuantitativa. A los efectos erosionantes de la misma apostó la actitud de Menem. Empero, el presidente Kirchner mostró de inmediato una notable capacidad ejecutiva que apunta –hasta ahora con éxito- a suplir legitimidad de origen por legitimidad de ejercicio.

Efectivamente, el presidente Kirchner ha logrado un elevado grado de conformidad con sus primeras medidas de gobierno, con valores que oscilan entre el 70 y el 80 por ciento de los encuestados. En los casi cuarenta días que median entre su acceso a la presidencia y el momento en que escribo esas líneas, Kirchner ha producido algunos hechos políticos de alto impacto en lo inmediato. Aunque son bien conocidos, vale recordarlos:

1) Se posicionó en el plano de la política exterior al realizar reuniones con otros doce presidentes y con representantes de gobiernos, llegados para la ceremonia de asunción, que en varios casos -manifiestamente en los de Fidel Castro y Hugo Chávez, con toda la carga simbólica de ambos- fue más allá de lo meramente protocolar. Posteriormente, viajó a Brasil para entrevistarse con Luiz Inácio Lula da Silva y acordar el relanzamiento y fortalecimiento del Mercosur. El mensaje fue claro: no habrá, con los Estados Unidos, las “relaciones carnales” practicadas por Menem.

2) Viajó a las provincias de Entre Ríos y de San Juan para solucionar conflictos sociales graves en ellas: el de los docentes que no cobraban sus salarios, en la primera; el de los empleados estatales en huelga, en la segunda.

3) Renovó con una profundidad inédita a las cúpulas de las Fuerzas Armadas, buscando

no sólo dejar de lado a jefes presuntamente más cercanos a Menem sino, sobre todo, contar con una conducción exenta de vinculaciones con la dictadura y la violación de los derechos humanos. Pero también, como hiciera saber el diario *Página 12*, la medida apuntó a descabezar a oficiales partidarios de incluir la situación político-militar colombiana como una hipótesis de guerra de los militares argentinos, posición que, según dicho diario, tenía como mayor propagandista al jefe del Estado Mayor Conjunto, Juan Carlos Mignolo. En materia de seguridad, adicionalmente, comenzó un proceso depurador en la Policía Federal, menos radical que el operado en Ejército, Marina y Aeronáutica.

4) Embistió contra la desacreditada Corte Suprema de Justicia, obligando a la renuncia de su presidente, Julio Nazareno (emblemática figura del menemismo) y a renovar los pedidos de enjuiciamiento para otros miembros. Completó el operativo renunciando a prerrogativas legales que, en la materia, son competencia del presidente de la república y promoviendo la designación del prestigioso penalista Eugenio Raúl Zaffaroni.

5) Enfatizó la defensa de los derechos humanos, yendo más allá de actos protocolares de recibir a los organismos cuando forzó la renuncia del procurador del Tesoro, Carlos Sánchez Herrera, por haber sido abogado defensor de un ex alto jefe militar acusado de secuestro de bebés durante la última dictadura.

6) Intervino el PAMI, la institución estatal que atiende a jubilados y pensionados, clásico ámbito de corrupción, poniendo en entredicho a la burocracia sindical y a un legislador y sindicalista desprestigiado como Luis Barrionuevo.

7) Planteó un discurso de firmeza frente a las posiciones y pretensiones del Fondo Monetario Internacional.

8) Dispuso un paulatino incremento salarial de los trabajadores privados bajo convenio, mas no a los que se encuentran “en negro” y a los estatales. Al mismo tiempo, ha elevado el monto mínimo de las jubilaciones y el salario básico (lo que no ocurría desde 1993). Se trata de medidas que apuntan a reactivar el mercado interno.

En fin, parecen haber vuelto las expectativas positivas, pero ellas no deben hacer olvidar que el proceso electoral dejó en claro que el sistema político argentino estaba en una aguda

crisis, todavía sin solución. Hasta abril de 2003, los principales candidatos eran expresión de la vieja política, la que no termina de morir, mientras la nueva no termina de concebirse (y, por tanto, mucho menos de nacer). De hecho, no existían reglas para regular el consenso y la institucionalización del poder político era una ficción. Sólo la inercia de lo viejo hizo posible mantener un cierto grado de funcionamiento institucional. No obstante, no puede dejar de reconocerse que ha habido un giro importante en el proceso socio-político argentino, siendo temprano aún para saber si él es coyuntural o estratégico.

Ahora bien, los primeros cuarenta y cinco días de gobierno de Néstor Kirchner muestran un estilo ejecutivo, una clara intención de liderazgo fuerte –históricamente tan al gusto de la mayoría de los argentinos- y una fuerte presunción de cambio de dirección del rumbo político seguido durante los últimos veinte años, esto es, los correspondientes a la más larga fase de ejercicio de democracia política vivida por el país. Es posible conjeturar que habrá decisiones tendentes a recuperar cuotas de poder que el Estado ha resignado, sin que ellas impliquen un retorno a las intervenciones estatales típicas del Estado de Compromiso Social del pasado. Se abre, en este punto, un espacio de debate y reflexión muy importante, que sería deseable no dejar escapar. La proclamada intención de hacer de Argentina “un país normal” –para usar la expresión empleada por el presidente en el mensaje ante la Asamblea Legislativa el día de la asunción de su cargo- alude a la recuperación de las instituciones, las del Estado en primer (pero no único) lugar, y por tanto a la restauración del Estado de Derecho. Igualmente es posible conjeturar que Kirchner puede abrigar el impulso de creación de un nuevo movimiento político, con un cierto tono centro-izquierdista, capaz de recrear el sistema de partidos. El notorio y público acercamiento con Aníbal Ibarra, Jefe de Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos, que aspira a su reelección (en los comicios del 24 de agosto de 2003), es un buen indicador en tal sentido (más si se tiene en cuenta que el PJ apoya a un candidato de derecha, Mauricio Macri, presidente del muy popular equipo de fútbol Boca Juniors y miembro de un poderoso grupo económico). Esa tarea, empero y si es cierto que ella está entre los proyectos del presidente, no será nada fácil: chocará con la oposición de su propio partido, el fracturado Justicialista, y la de quienes, desde fuera del PJ, pretenden ocupar ese espacio tan gelatinoso de la política argentina (el alicaído ARI, en primer lugar, el Partido Socialista, con sus pretensiones de recuperar posiciones significativas, en menor medida).²³ Sin contar la obvia

²³ No deja de ser significativo, en el plano simbólico, que Kirchner no haya hecho, ni en su discurso electoral, ni en el mensaje al Congreso en pleno ni en sus actos posteriores, ninguna mención a los íconos y símbolos clásicos del peronismo (Perón, Evita, la Marcha...).

oposición de la derecha.

La división del PJ ha sido un dato de las elecciones y todavía no está claro si ella ha sido sólo un dato coyuntural forzado por Duhalde para evitar elecciones internas que podían haber beneficiado a Menem, o bien ha alcanzado una dimensión tal que torna factible pensar en su irreversibilidad. Es cierto que, históricamente, el justicialismo ha tensado casi hasta el límite la posibilidad de la ruptura partidaria como consecuencia de fuertes enfrentamientos internos y que siempre, hasta ahora, logró recomponer filas. Por lo demás, como también es histórico, los dirigentes y cuadros medios peronistas han tenido siempre un notabilísimo don de ubicuidad y su adaptación a las cambiantes fluctuaciones de la política y las correlaciones de fuerzas. Aquí radica otro de los riesgos de un eventual proyecto transformador del sistema de partidos: que se sumen a él muchos de los peores exponentes de la vieja política.

Un riesgo más se encuentra en la tendencia personalista que muestra Kirchner, la cual puede potenciar, de no mediar acciones colectivas, la también histórica característica de la cultura política argentina de construcciones políticas “desde arriba”, que el peronismo, por lo demás, llevó a altas cimas. Dicho de otra manera: la tendencia personalista de líderes fuertes se construye *pari passu* y en interacción con la simétrica de masas más dispuestas a ser guiadas que a construir una conducción consciente colectiva, es decir, a definir direcciones delegadas.

Por último, al menos a nuestros efectos, será asimismo relevante lo que haga o deje de hacer Kirchner, como también lo que hagan o dejen de hacer las fuerzas sociales y políticas interesadas en construir, dentro de la matriz estructural existente (toda vez que el cambio de ésta no aparece en el horizonte inmediato con posibilidades de realización), un nuevo modelo nacional, para usar una expresión clásica.²⁴

²⁴ Manteniéndome dentro de los cánones metodológicos gramscianos, advertiré que la política es expresión de las tendencias de desarrollo de la estructura de la sociedad y, en tanto tales, ellas no tienen porque realizarse necesariamente. Va de suyo que una determinada situación histórica sólo puede aprehenderse de la manera más completa posible sólo después de haberse desarrollado por completo, no mientras transcurre. Pero ello no inhibe la posibilidad de su análisis –incluso historiográfico (historia del tiempo presente), si bien las hipótesis no son susceptibles de verificación empírica en lo inmediato.

¿La relegitimación de la representatividad política?

Como hemos visto, entre diciembre de 2001 y abril-mayo de 2003 se han producido hechos que marcaron un cambio de rumbo. Los mismos son susceptibles de interpretaciones diferentes, aun partiendo de un mismo diagnóstico, según el cual el 19 y el 20 de diciembre constituyeron el momento fundador y la posibilidad de una revolución política, a partir del profundo descontento social. Para algunos, tal posibilidad se agotó, siendo las elecciones de abril su acta de defunción. Las opciones de izquierda han sido neutralizadas y las demandas existentes no se canalizaron por fuera del sistema político, como pareció durante un tiempo, situación que torna posible restablecer los procedimientos institucionales preexistentes para mediar en la resolución de los conflictos. Es decir, el descontento social puede ser canalizado a través de medios políticos, orientándolo hacia la convivencia social. Como sostiene el Colectivo Situaciones, “[d]esde este ángulo, la realización de la primera vuelta electoral posee un significado muy especial, ya que constituye un paso muy importante en la moderación de los ánimos. La segunda vuelta, aun frustrada, confirma un clima de alejamiento de los extremos. La amenaza de la antipolítica fue conjurada”.

Para otros, en cambio, la posibilidad de la revolución política se esfumó y redujo a una oportunidad perdida. Se perdió por falta de organización, de estrategia, de perspectiva y de un programa político. “Se podrá polemizar sobre la característica de estas formas organizativas o sobre la amplitud de tales perspectivas, pero no se puede negar que estas son las condiciones para elaborar una política alternativa. El error fundamental cometido por quienes participaron de la revuelta –y sobre todo por quienes participaron de experiencias autónomas- sería el haberse enredado en la estructura paradójica de la consigna «que se vayan todos, que no quede ni uno solo». Se perdió de vista, de ese modo, la complejidad de la lucha política para terminar cada quien escondido en su refugio, con un discurso idealista y unas prácticas abstractamente horizontales”.

Para quienes hacen la primera lectura, la posibilidad de la revolución era un temor; para los de la segunda, un deseo. Ahora bien, según el Colectivo Situaciones, ambas lecturas –a la primera de las cuales llaman festiva y a la segunda, de lamento- se oponen en la perspectiva pero coinciden en la imagen de lo acontecido: “las elecciones ocuparon el centro de disputa política y una de los contendientes (...) simplemente no se constituyó en ese escenario, abandonando el campo de batalla y firmando de ese modo su derrota. Si en el acto electoral no se hicieron presentes las fuerzas desatadas en diciembre, es que diciembre ya no existe. Abril-

mayo de 2003 constituyen, así, la evidencia de una derrota retroactiva de aquello que pudo haber sido a partir de diciembre de 2001. La elección aparece transparente: el sistema político está en vía franca de recuperación y las fuerzas del contrapoder han quedado enredadas en un previsible infantilismo político”.

No deja de ser significativa otra coincidencia entre ambas lecturas, la de concebir la política “como un juego de dos sobre un mismo plano, con homogéneas reglas de juego, como si se tratase de una partida de ajedrez” en la cual se enfrentan el Poder, el Sistema Político o el Estado, por un lado, y el Poder Popular, el Contrapoder o la Política de la Horizontalidad, por el otro.

La masiva concurrencia a las urnas y el alto voto positivo, el 27 de abril, implicó un duro revés a las posiciones objetoras de las elecciones y también a la izquierda institucional o realmente existente, que pretendió capitalizar electoralmente lo que creyó capacidad de liderazgo de los descontentos y terminó arañando un mísero 3 % de los votos (sumando los de Izquierda Unida y los del Partido Obrero). De hecho, tanto el alto nivel de participación electoral cuanto el del voto positivo pueden leerse como una relegitimación del sistema político y de la propia representatividad política, tan fuertemente cuestionada en diciembre de 2001.

A la dilución del protagonismo de las asambleas vecinales se suma la fractura dentro de los movimientos piqueteros, tanto frente a la convocatoria a elecciones, primero, cuanto al nuevo gobierno, después. Así, por ejemplo, los Movimientos Barrios de Pie y de Trabajadores Desocupados Aníbal Verón levantaron la propuesta de abstencionismo electoral, la Corriente Clasista y Combativa propugnó el voto en blanco y el Bloque Piquetero se inclinó por apoyar a partidos de izquierda. Después de la consagración de Kirchner, esta última organización sigue sosteniendo una postura de confrontación con el gobierno –“No nos separa una cuestión de tiempo, sino de proyectos”, ha dicho su dirigente Néstor Pitrola-, mientras Barrios de Pie ha abierto un expectante compás de espera y la Corriente Combativa y Clasista y la Federación por la Tierra, Vivienda y Hábitat han optado por un apoyo crítico sin mengua de las movilizaciones.

Sin embargo, es bueno no olvidar que la realidad es siempre compleja, contradictoria y que por debajo de la superficie fáctico-empírica siempre hay tensiones y dinámicas heterogéneas, no necesariamente visibles. Si ponemos los acontecimientos, los hechos y el

proceso en otra perspectiva, no sólo más cuidadosamente atenta y libre de prejuicios sino también temporalmente más extensa, no podemos creer que abril-mayo hayan permitido superar la crisis de representatividad y legitimidad políticas. Vivimos una crisis orgánica iniciada en 1930, para decirlo una vez más, con intentos de solución finalmente frustrados y con momentos de intensificación de la crisis. En tal sentido, diciembre no fue la antesala de una revolución –ya no social, sino política-, pero si una *ruptura*, una situación de confrontación entre lo instituido y lo destituyente que no alcanzó a convertirse en un nuevo instituyente. “Diciembre de 2001 [como bien dice el Colectivo Situaciones] no fue el surgimiento de un nuevo sujeto político. De allí que tal sujeto no se haya manifestado. Fue, sí, una ruptura y una visibilización de un nuevo protagonismo social. Pero ese protagonismo es lo que es, precisamente, porque no entiende la política como se lo hacía una década atrás”. De allí la inconveniencia de lamentar (lamento que a veces parece imputación) que esas fuerzas no hayan actuado como si fuesen tal nuevo sujeto. No es buena política ni buena ciencia social adjudicarle a terceros la obligación de efectivizar los deseos del dirigente político o del científico social.

En rigor de verdad, los efectos de las jornadas del 19 y 20 de diciembre han tenido un radicalismo tal, en buena medida subsistente, que afectaron todo el proceso electoral, aunque tal circunstancia no permite “establecer una relación *a priori* directa entre las luchas callejeras y la elaboración de experiencias de contrapoder y el resultado de las elecciones como tal (...). Se trata –en su constitución- de dinámicas heterogéneas. Trasladar la potencia de una situación a lo que sucede en las elecciones, lleva a disolverla. Y, al contrario, ordenar una situación a partir de una lectura global de las elecciones lleva a destruir los posibles de tal situación” (Colectivo Situaciones, 2003).

Porque ha habido ruptura, y por tanto una brecha, cuya magnitud es estructural, no meramente coyuntural, no conviene ilusionarse ni maravillarse con la posibilidad de una relegitimación y una reconstitución automáticas del sistema político, de sus partidos y sus dirigencias por el sólo hecho de masiva presencia de los ciudadanos en las urnas y de su decisión, también abrumadoramente mayoritaria, de votar positivamente. Conviene no obnubilarse por el *efecto K*, con su estilo ejecutivo y las expectativas abiertas de un cambio de alguna intensidad. Sin negar la posibilidad de convertir estas expectativas en realizaciones, no puede ignorarse que la representatividad política está fuertemente fracturada –como lo mostraron los resultados electorales- y que el piso desde el cual pueden partir las diferentes fuerzas para una nueva construcción es notablemente bajo.

Los náufragos no eligen puerto

Los náufragos no eligen puerto. Tampoco el medio con el cual llegar a alguno. Se aferran a lo poco que tienen disponible, sean botes y/o salvavidas, para algunos, o cualquier elemento que flote, para otros. La travesía tampoco es fácil: no siempre se sabe qué distancia hay que recorrer -es decir, cuán cerca o cuán lejos está el punto de llegada-, ni cuáles son y cómo sortear los riesgos de la sobrevida, que no son pocos e incluyen el mismo mar, potencialmente proceloso, tiburones (si los hay) y, quizás sobre todo, las embestidas desesperadas de otros náufragos.

Por añadidura, puede que al final de la odisea los náufragos no lleguen a un puerto sino a costas acantiladas o playas desiertas. Puede, igualmente, que llegando a algún puerto encuentren en él un cartel con un dantesco saludo: *Lasciate ogni speranza voi che entrate*. Sin embargo, es posible -y por esa posibilidad hay que combatir- que el cartel nos reciba con una bienvenida borgiana: *Siempre el coraje es mejor / La esperanza nunca es vana*.

La sociedad argentina se encontró en una coyuntura que le llevaba a optar por navegar entre el riesgo y la seguridad. Habiendo perdido el arte de navegar y los instrumentos necesarios, apeló a su histórico conservadurismo, ese que suele disimular, y prefirió no adentrarse en los difíciles mares del cambio sino en aguas más tranquilas y seguras. Dejó de ser iluminada por el Faro del Fin del Mundo. Pero todavía vivimos el naufragio y por eso aún es posible que la corriente se despliegue en diferentes direcciones, sea la de constitución de un nuevo sistema hegemónico, sin afectar la matriz capitalista de la sociedad, sea la recomposición del bloque de poder representado en los noventa por el menemismo, sea, incluso, la que arrastra a nuevas turbulencias. En cambio, parece remota la del cambio social más o menos radical. Pero ello no impide que vuelva a brillar el Faro del Fin del Mundo capaz de iluminar las procelosas aguas del cambio. Así, pues, pese a todo, algunos náufragos del *Titanic* Argentina esperamos llegar a un puerto cuyo cartel recoja la proposición de Jorge Luis Borges, no la de Dante Alighieri.

Buenos Aires, 12 de julio de 2003.

Bibliografía

Ansaldi, Waldo (1997): "Fragmentados, excluidos, famélicos y, como si eso fuese poco, violentos y corruptos", en *Revista Paraguaya de Sociología*, Año 34, n° 98, Asunción (Paraguay), enero-abril, pp. 7-36. También en Internet: <http://www.catedras.fsoc.uba.ar/udishal>

Ansaldi, Waldo (2002): "Los naufragos no eligen puerto. Análisis de la situación argentina, 2000-2002", en *e-I@tina. Revista electrónica de estudios latinoamericanos*, Año I, N° 1, Buenos Aires, octubre-diciembre, pp. 29-37, en www.catedras.fsoc.uba.ar/udishal y en www.h-debate.com (Tablón de Anuncios/Revistas)

Ansaldi, Waldo (2003a): "Argentina, una crisis sin fin", en *Gramsci e o Brasil*, en www.gramsci.org.br/textos/politica. (Puesto en la página en la actualización de abril de 2003).

Ansaldi, Waldo (2003b): "Argentina: la dilución de posibles salidas políticas", en *Asociación de Historia Actual. Boletín n° 6*, Cádiz, primavera, pp.2-3.

Basualdo, Eduardo (2001): *Sistema político y modelo de acumulación en la Argentina. Notas sobre el transformismo argentino durante la valorización financiera (1976-2001)*, Universidad Nacional de Quilmes Ediciones, Bernal.

Colectivo Situaciones (2003): "Causas y azares. (Dilemas del nuevo protagonismo social)", Borradores de Investigación 4, fechado el 18 de mayo de 2003, distribuido por vía electrónica.

Crompton, Rosemary (1994): *Clase y estratificación. Una introducción a los debates actuales*, Tecnos, Madrid.

Gramsci, Antonio (1975): *Quaderni del carcere*, Edizione crítica dell'Istituto Gramsci, a cura di Valentino Gerratana, Einaudi, Torino, 4 vols.